

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 5, capítulo XLII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 5, capítulo XLII

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo XLII
Prolegómenos
de la intervención tripartita
Noviembre de 1861

CAPÍTULO XLII

PROLEGÓMENOS DE LA INTERVENCIÓN TRIPARTITA

Noviembre de 1861

Se inicia este capítulo con algunos documentos de septiembre y octubre, directamente relacionados con las maniobras monárquicas que se llevaban a cabo en Europa y que sirven de útil antecedente a los demás documentos que se incluyen. Destacan la declaración del príncipe Juan de Borbón rehusando la corona de México y la carta de Santa Anna abogando por la monarquía.

Se inicia el mes de noviembre y como en México se ignora que ya fue firmada en Londres la convención entre Francia, Inglaterra y España, se sigue pensando que es posible llegar a un entendimiento con las dos primeras potencias y sólo se considera como inminente la agresión de España.

José María Mata, ajeno a lo que se prepara desde Europa, insiste en proponer reformas constitucionales y polemiza con Zarco en las páginas del *Siglo diez y nueve*. En remitido del día 3 de ese mes insiste en que se suprima la facultad presidencial de expulsar administrativamente al extranjero calificado de pernicioso, facultad que todavía subsiste en nuestros días. Le preocupa que se limite el derecho de ser electores a aquellos que no sepan leer y escribir; así como que no sean funcionarios o empleados los candidatos a cargos de elección popular.

La lentitud de las comunicaciones de la época hace que para el 7 de noviembre aún no llegue a Washington la noticia de lo convenido en Londres, por lo que Matías Romero, pensando en la actitud hostil de España, se entrevista con el embajador español en esa capital y trata de obtener noticias; tampoco las tiene el Sr. Tassara, pero, eso sí, le pide trasmita al gobierno mexicano su consejo de que ceda frente a "las

demandas que le hagan las naciones combinadas" pues Estados Unidos se pondrán de parte de las naciones europeas. Seguramente el embajador español ya sabía lo que se tramaba en Europa, pero aún no conocía el arreglo final y menos la decisión estadounidense.

Al día siguiente Romero visita al secretario de Estado y comenta con él la posible exigencia española de crear una monarquía en México; vuelve a entrevistarse a mediados de mes y, no sabiendo nada todavía, sigue pensando sólo en la probable agresión española.

El 23 de noviembre llega la noticia a Washington, pero el secretario Seward dice que sólo la conoce por la prensa y que no se le ha notificado la invitación en forma oficial. Romero sale preocupado al observar la frialdad y hermetismo del secretario de Estado y comenta, en su informe al ministerio de Relaciones, que a Seward sólo le interesan los problemas de México con Europa "para sacar a nuestra costa el provecho que puedan de ellos y no porque tengan el más ligero deseo de ayudarnos de buena fe a sostener nuestra nacionalidad y nuestras libertades"; amarga pero precisa verdad.

Saligny tampoco tiene idea de cómo ha evolucionado la intriga intervencionista y todavía el 14 de noviembre presenta una nota agresiva y anuncia que ahora "quedan rotas definitivamente todas las relaciones entre Francia y la República", porque, dice, no se le da una respuesta categórica. Anuncia que abandonará el país con el personal de la legación imperial.

Efectivamente sale de la ciudad y el 4 de diciembre el barón E. de Wagner anuncia al gobierno mexicano que ha aceptado hacerse cargo —a solicitud de Saligny— de la protección de los franceses, españoles, italianos y suizos. El mismo día se le indica que no hay inconveniente en ello.

El inquieto sacerdote Francisco Javier Miranda, aunque no tiene noticias precisas, barrunta ya la intervención de potencias europeas; la justifica y piensa que se tiene la oportunidad de crear una nueva forma de gobierno. En estos términos pero acompañándolos de expresiones de patriotismo y alteza de miras, escribe desde La Habana a Leonardo

Márquez, invitándolo a ponerse de acuerdo con los invasores. A su vez, Márquez le contesta aceptando y ofreciendo sus servicios.

El 26 de noviembre se promulga el decreto del Congreso derogando la ley de suspensión de pagos de la deuda exterior; pero ya no tendrá utilidad práctica, pues la confabulación internacional contra México ha madurado.

El entusiasmo patriótico se despierta y el batallón Independencia pide se le coloque a la vanguardia para luchar contra "los soberbios hijos de la Iberia retrógrada".

Los gobiernos de Oaxaca y Puebla llaman a las armas a la guardia nacional y de la primera entidad salen algunos contingentes a principios de diciembre rumbo a Veracruz, pensando en la invasión española.

Mientras tanto, Matías Romero mantiene frecuentes contactos con el secretario Seward y discute con él la conveniencia de que los Estados Unidos acepten la invitación y se unan a la alianza tripartita para invadirnos. Mañoso, no suelta prenda y después de varias entrevistas le informa a Romero que se ha rechazado la invitación, pero nunca se le muestra la respuesta y, tanto el departamento de Estado como el embajador español, se limitan a darle una leve idea de su contenido.

Sorprende que el texto íntegro haya permanecido inédito, pues sólo se ha publicado fragmentariamente; en las páginas siguientes se presenta completo tomado de los archivos nacionales de los Estados Unidos, gracias a la diligente cooperación de la Srita. Concha Romero James, agregada cultural de nuestra embajada en ese país. Es interesante el documento porque en él se demuestra que el gobierno estadounidense abandona su tesis de la doctrina Monroe y reconoce el derecho de esas potencias a "recurrir a la guerra en contra de México", si bien se niega a apelar a la violencia y tampoco está dispuesto a aliarse contra México. Anuncia que proporcionará un crédito a México para que pueda cubrir sus adeudos a las potencias acreedoras, si bien sujeto a la aprobación del senado.

Es indudable, por el texto de este documento, que el gobierno estadounidense precisa la posición que sostendría a lo largo de la

intervención: ayuda y apoyo moral al gobierno mexicano, pero ningún apoyo político y menos militar y económico.

Dentro de este sombrío panorama, dos generales conservadores, alzados en armas contra el gobierno constitucional, Miguel Negrete y Juan Argüelles, resolvieron ponerse a disposición del supremo gobierno, junto con sus fuerzas para que "se les ocupe en la guerra que nos provoca España", dicen en emotiva comunicación al ministro de Guerra.

Al finalizar noviembre, Juárez inicia su correspondencia con el francés Armand Montluc, que residió por largo tiempo en nuestro país y al regresar a su patria conservó gran cariño por México. Designado cónsul general en París, en septiembre de 1861, oficialmente actuó unos cuantos meses, pero durante lo más álgido de la intervención, lealmente sirvió a nuestro país, así como en los años posteriores hasta la caída de Napoleón III. Supo armonizar la causa de México con su patriotismo francés.

Con la preocupación legalista del régimen, no obstante las preocupaciones a la vista de los problemas internacionales, el Congreso tuvo tiempo para discutir y aprobar una ley reglamentaria de los artículos 101 y 102 de la constitución vigente por esos días, que se refieren al juicio de amparo. Con detalle se reglamenta el procedimiento para ejercer este derecho tan singular y característico del régimen jurídico mexicano.

Remitido el tratado por medio del cual los Estados Unidos le prestarían dinero a México para poder hacer los arreglos económicos con las potencias acreedoras, el presidente Lincoln lo envía al senado, pero éste clausura sus sesiones sin ocuparse del asunto por un criterio egoísta de varios senadores que pensaron que en esa acción ninguna ventaja resultaría para su país,

DOCUMENTOS

Septiembre de 1861

THOUVENEL APRUEBA LA CONDUCTA DE SALIGNY

París, 5 de septiembre de 1861

(Mr. Alphonse Dubois de Saligny)

Muy señor mío:

He recibido los despachos que me habéis hecho el honor de dirigirme harta el número 36. Por ellos me he enterado de la grave resolución que habéis tomado, interrumpiendo vuestras relaciones diplomáticas con el gobierno mexicano, como lo ha hecho por su parte vuestro colega británico. Después de enterarse de vuestras comunicaciones, el gobierno del emperador no ha podido vacilar un momento en el concepto que debía formarse de los últimos actos del gobierno mexicano y sobre la decisión que os han inspirado. Aprueba completamente vuestra conducta y protesta del modo más enérgico contra la del gobierno de Juárez.

Ya sabéis que a vuestra llegada a México acogimos con verdadera satisfacción la esperanza de que los hombres que encontrasteis en posesión reciente del poder, procurarían arreglar definitivamente con vos todas las cuestiones pendientes y nos complacimos en considerar el convenio que hicisteis con el Sr. Zarco, como una prueba, a lo menos, del deseo de tomar en consideración nuestras justas reclamaciones. Aunque vuestras noticias posteriores tendieran a menguar nuestra confianza en los sentimientos de equidad que creímos poder atribuir al gobierno mexicano, nos repugnaba hasta el presente suponer que pudiese faltar a sus compromisos formales y emanciparse con tan poco escrúpulo de un arreglo que era el reconocimiento, en principio, de nuestras legítimas reclamaciones.

Vuestros últimos despachos, empero, desvanecen todas las ilusiones que nos complacimos en conservar sobre esto. Ya sabemos

ahora cuáles son las disposiciones reales que por desgracia animan al gobierno mexicano. No quiero poner a discusión las deplorables medidas que os han obligado a interrumpir toda relación con él; bastantes habéis consignado ya que constituyen una infracción manifiesta de solemnes compromisos. Conviene, sin embargo, que sobre esto sea conocida la impresión que ha recibido el gobierno del emperador y que sepa el gobierno mexicano lo que exigimos de él si no comprende el interés que tiene en detenerse en la senda llena de peligros en que ha entrado. Así, pues, le manifestaréis que la suspensión del pago de las deudas extranjeras, sea cual fuere el pretexto que se alegue, es por nuestra parte objeto de la más severa reprobación y, en su consecuencia, pedimos que sea inmediatamente revocada la ley de 17 de julio último.

Añadiréis también que reclamamos que eh los puertos de Veracruz y Tampico se establezcan los comisionados que designaremos, con el objeto de asegurar que se entreguen a las potencias que tienen derecho a ello, los fondos que deben recaudarse en beneficio suyo, en cumplimiento de los convenios extranjeros, sobre los productos de las aduanas marítimas de México, Si el gobierno mexicano se niega a aceptar estas condiciones, deberéis sin demora salir de México con todo el personal de la legación de S. M.

El gobierno inglés, a quien las comunicaciones de vuestro colega, como creéis, habían inducido tiempo ha a creer que no era ya posible esperar de la simple buena voluntad del gobierno mexicano un cambio de conducta, acababa de preparar sus despachos para sir Charles Wyke, cuando el último correo le ha traído al mismo tiempo que a nosotros la noticia de haber interrumpido las dos legaciones sus relaciones con el gobierno mexicano. Este hecho no ha podido menos de confirmar al gobierno británico en la intención de remitir a sir Charles Wyke las instrucciones proyectadas y las ha enviado por la vía de los Estados Unidos.

Como es natural, el Sr. (de) la Fuente ha recibido por este correo despachos en que se le prescribía que me enterase a la brevedad posible de los graves incidentes que han sobrevenido en México. Ya sabéis que he tenido ocasión de usar un lenguaje conciso y severo con este agente.

Al recibirle esta vez, le he dicho que no podía entrar en explicaciones de ningún género sobre la conducta de su gobierno. Le he dicho que el gabinete de Londres participaba de todas nuestras impresiones; que vuestra determinación y la de sir Charles Wyke había sido completamente aprobada por ambos gobiernos, que éstos os remitían las instrucciones que las circunstancias reclaman y que estaban decididos, en caso necesario, a apoyarlas con las fuerzas navales de ambos países.

(Antoine Edouard) Thouvenel

Es copia tomada de los documentos presentados a los cuerpos colegisladores del imperio por el gobierno francés.

Saratoga, octubre 2 de 1862.

(Matías) Romero

MANIFIESTO DEL PRÍNCIPE JUAN DE BORBÓN

Londres, 16 de septiembre de 1861

Hace algún tiempo que el *Times*, en un artículo de fondo en que se ocupaba de la cuestión de México y de la intervención probable de las dos grandes potencias europeas que pusiese término a la confusión y a la anarquía que desolan aquel desgraciado país, tuvo a bien designarme como candidato aceptable para el trono mexicano. Yo no puedo menos, naturalmente, que sentirme lisonjeado con esta idea pero, como ha sido mal interpretada, espero que me permitiréis combatir la opinión a que dio nacimiento.

La idea emitida ha encontrado eco en los diarios del continente y mis enemigos, siempre atentos para aprovechar las ocasiones que me perjudiquen en el aprecio público, han adoptado ésta para presentarme como un hombre ambicioso que no busca más que su propia elevación y que, con tal que consiga su objeto, es absolutamente indiferente a cualquier otra consideración.

Permitidme, pues, ya que el país que ha difundido (la noticia) está cerrado para mí, que rechace públicamente en vuestras columnas, todo pensamiento y todo deseo de obtener el honor que se me ofrece. Heredero del trono de España por mis derechos de nacimiento, espero aún llegar a ser rey por la elección del pueblo. Pero, para mí, la tierra de México no tiene atractivo. No soy partidario del *Plan de Iguala*, que decidió que un príncipe español sucediese al poder que entonces estaba perdido para la madre patria.

No soy conocido en México ni tengo allí partidarios, sino sólo algunos amigos personales entre los partidos que dividen aquel desgraciado país, de suerte que no puedo aspirar a ocupar el trono de éste, sino apoyado por las bayonetas extranjeras. Semejante posición

repugnaría absolutamente con mis ideas y nada me obligaría nunca a buscar el poder, al precio de la violación de esa libertad de elección que he invocado yo mismo y en la que quiero apoyar mis derechos a la corona de España.

En mi opinión, la única verdadera base de la grandeza de un príncipe consiste en el afecto de su pueblo y yo, como elegido por los extranjeros para México, sería siempre considerado ahí como un opresor.

No soy pretendiente al trono de España por ambición personal sino porque tengo la profunda convicción de que, por medio de mis esfuerzos y los del partido liberal, mi país podría elevarse a la posición que debería ocupar entre las naciones libres de Europa.

Si mi prima Isabel hubiese gobernado la España conforme a las ideas liberales de la época y según esperaban las dos grandes potencias que protegieran su causa; si la grandeza moral y material del país hubiese sido desarrollada con leyes sabias ejecutadas con honradez; si la libertad civil y religiosa se hubiera establecido de facto y se hubiera permitido la acción saludable de la prensa libre; si se hubieran respetado los tratados internacionales y si mi país tuviera voto en el consejo de las naciones; si, en fin, ocupase la España la posición debida al valor y lealtad de sus hijos, individual y relativamente a la extensión de sus recursos naturales, no se hubiera oído hablar de mi como un pretendiente al trono y, aunque habría considerado siempre a la reina Isabel como una usurpadora de mis derechos, hubiera consentido gustoso en un estado de cosas que garantizaba el bienestar de mi país.

Durante los 38 años que he vivido, nunca he tomado, antes del año pasado, parte alguna en los negocios políticos de mi país y, si en el día puedo aparecer a los ojos de los que no me conocen o dudan de los motivos que me hacen obrar como un intrigante pernicioso, algún día quedará demostrado que la única mira que me propongo es el bienestar de mi país natal.

Llegaré o no a ser rey de España; puedo morir en el destierro, amargado con el contraste siempre presente a mi espíritu entre la libertad y felicidad de vuestro país y la opresión y mal gobierno que desolan al

mío, pero estad seguros de una cosa y es que mi vida está dedicada a la obra a que me creo designado.

Ante estas consideraciones comprenderéis que no puedo ser candidato a la corona de México y que puedo dejar el campo libre a los demás.

Recibid, etc.

Juan de Borbón

SANTA ANNA ABOGA POR SUSTITUIR LA FARSA DE LA
REPÚBLICA POR UN IMPERIO

Saint Thomas, 15 de octubre de 1861

Sr. don José María Gutiérrez de Estrada
París
Muy estimado amigo:

Tengo a la vista su grata fecha 15 del próximo pasado y refiriéndome a su contenido le digo que ya tenía algunos antecedentes de la resolución de esos gobiernos respecto de México y con lo que usted me refiere no me cabe duda alguna que las cosas van a cambiar en nuestro país muy pronto.

Ahora lo que convendría es aprovechar tan feliz oportunidad para la realización de nuestros antiguos deseos, por aquello de que la ocasión tiene un cabello y no se presenta segunda vez. ¡Cuánto convendría que usted se acercara a esos gobiernos y les recordara nuestras antiguas solicitudes! Sobre todo, hacerles conocer que México no tendrá paz jamás si no se cura el mal radicalmente y esta cura debe reducirse a sustituir la farsa de República con un emperador constitucional.

Esas mismas naciones, de común acuerdo, pudieran elegirlo.

Hágales usted saber también, que hoy más que nunca estoy resuelto a llevar a cabo aquella idea y que trabajaré sin descanso hasta verla realizada; por tanto puede contarse conmigo. Yo no quiero que se atente contra la nacionalidad de México; sólo deseo un gobierno de orden que repare tantos males que la demagogia ha hecho y que haga la ventura de los mexicanos, comenzando por restablecer el culto católico casi extinguido hoy en un país que se distingue tanto por su adhesión y respeto a su religión.

Comunique usted esta resolución a nuestro buen amigo el señor obispo de Puebla y que espero influya en lo que pueda al triunfo de los buenos principios.

Y, por último, usted deberá saber que desde la profanación de nuestros templos me he decidido a ser el vengador de tan sacrílego ultraje, esperando que la protección divina me dará aliento para llevar a cabo esta resolución. . . tengo mucho adelantado. . . pronto estaré en México.

Que usted se conserve en la mejor salud le desea su más afectísimo amigo, compatriota y seguro servidor que besa su mano.

Antonio López de Santa Anna

EL EMPERADOR FRANCÉS DECIDIÓ USAR LA FUERZA CONTRA MÉXICO

París, 30 de octubre de 1861

(Sr. Alphonse Dubois de Saligny)

Muy señor mío:

He recibido los despachos que me habéis hecho el honor de dirigirme, hasta el número 42. No podían sorprenderme las nuevas noticias que me comunicáis sobre el progresivo desorden y anarquía en que la impotencia de los hombres que ocupan actualmente el poder en México, han sumido decididamente a todo el país. Las últimas medidas a que se ha apelado para crearse recursos, revelan claramente el mismo carácter de abuso del poder, como todas las anteriores y, por lo tanto, no he podido menos de aprobar la reforma, bajo la cual habéis excitado a los súbditos franceses a protestar contra exigencias tan arbitrarias. Pero lo que me ha causado un profundo sentimiento son los ataques personales contra los súbditos franceses, algunos de los cuales han sido desgraciadamente víctimas.

Si el gobierno del emperador no estuviera ya resuelto a obtener por todos los medios posibles la satisfacción de todos los agravios que tiene recibidos en México, esos hechos hubieran bastado para inducirle a tomar las resoluciones que desde ahora están acordadas en principio. En otras circunstancias hubiéramos reclamado también la formación de causa y, en caso necesario, las reparaciones convenientes por la tentativa criminal de que ha sido objeto hasta la persona del representante de S. M. En semejante estado, después de felicitarnos porque no hayáis experimentado ninguna consecuencia funesta, no podemos menos que añadir este hecho a todos los que nos ponen en el caso de recurrir contra México empleando medios severos.

El emperador ha decidido que una división naval, al mando del Contra Almirante Jurien de la Gravière, se dirija al golfo de México para obtener las satisfacciones que, después de examinada detenidamente la situación, parezca exigir nuestra dignidad y los atropellos de toda clase de que han sido objeto los súbditos franceses. El gobierno del emperador no obrará por sí solo. El gobierno de S. M. B. y el de S. M. C. se proponen unir sus fuerzas a las que destinamos nosotros a esta expedición. Los tres gabinetes están preparando un convenio en que se determinarán las condiciones de su intervención común.

(Antoine Edouard) Thouvenel

Es copia, traducida de los documentos presentados a los cuerpos colegisladores del imperio por el gobierno francés.

Saratoga, octubre 2 de 1862.

(Matías) Romero

ALMONTE AVISA LA FIRMA DE LA CONVENCION

París, noviembre 1º de 1861
73, Avenue Montaigne

Sr. doctor don Francisco Javier Miranda
Mí estimado amigo:

Supongo que el Sr. Gutiérrez (de Estrada) escribirá a usted según le ofreció. No veo que se pueda aún mandar a usted ningunas comunicaciones para esos señores pero por el paquete próximo las recibirá usted indudablemente.

Ayer se firmó el trato entre las tres potencias consabidas. Parece que Inglaterra dará 800 hombres y 1,200 la Francia.

Me alegraré que no haya usted tenido novedad en su viaje y que mande lo que guste a éste su afectísimo amigo q. b. s. m.

Juan N. Almonte

MATA INSISTE EN VARIAS REFORMAS DE FONDO A LA
CONSTITUCIÓN

Teziutlán, noviembre 3 de 1861

Sr. don Francisco Zarco
México
Mi apreciable amigo:

Desde que escribí mi carta anterior he tenido la fortuna de recibir los *Siglos* de 24 y 26 del próximo pasado, en que se hallan los artículos 4º y 5º que usted ha publicado sobre mi proyecto de reformas a la constitución.

He visto las razones en que usted se apoyó para opinar contra mi proposición de que deje de ser un principio constitucional la facultad que el gobierno tiene para expeler al extranjero pernicioso y, en verdad, que nada hallo que pueda hacer variar mis ideas sobre este punto importante. Veo con sentimiento que usted quiere adoptar la excepción como regla y si para todo lo demás hubiésemos de seguir el mismo sistema, vendríamos a concluir con que sería mejor que no hubiese garantías ni para mexicanos ni para extranjeros.

Si fuera justo, si fuera lógico que porque hay unos cuantos extranjeros en la República que vienen a agitar nuestras contiendas civiles y que tienen por principal ramo de industria formular reclamaciones diplomáticas, se declare al presidente facultado para declarar pernicioso a *todo extranjero* y expelerlo del país, sin la más leve fórmula de juicio, sin responsabilidad de ninguna clase, pues por el abuso de esta facultad no se puede hacer responsable al presidente según la constitución; más lógico y más justo fuera facultar también al presidente para suprimir los periódicos que le parecieran perniciosos, para prohibir

el derecho de reunión a las personas que le parecieran perniciosas y, por último, autorizarlo más ampliamente en un artículo que dijera así:

Los mexicanos tienen derecho a las garantías otorgadas en la sección 1ª, título 1º de la presente constitución, salvo, en todo caso, la facultad que el gobierno tiene para privar de aquéllas al pernicioso.

¿Aceptaría usted semejante artículo? De seguro que no, porque esto equivaldría a echar por tierra todo el edificio. Y no creo que pudiera usted contestarme que, ante la justicia intrínseca absoluta, pueda haber diferencia entre mexicano y extranjero, pues se trata de los derechos del hombre y no de los del ciudadano. Insisto, pues, en que la facultad en cuestión, debe desaparecer de nuestra constitución.

Ya en mi carta anterior expliqué a usted dos motivos que me impulsaron a proponer la adición al final del artículo 33. Cuanto usted dice ahora, me confirma más en la opinión manifestada antes, esto es, de suprimir el artículo 33. No es necesario que la constitución diga quiénes son extranjeros, ni es necesario que exprese que tienen obligación de respetar las leyes y autoridades del país para que tal obligación exista y el recurso de apelar a sus gobiernos en el caso de denegación de justicia o de la falta de cumplimiento a un contrato solemne existirá a pesar de que al final del artículo 33 debe entenderse que no tienen tal derecho, puesto que carecen de él los mexicanos.

En ningún país ha habido y hay mayor número de extranjeros que en los Estados Unidos y en su constitución no existe una sola cláusula que se refiera a ellos. El presidente no tiene facultad de expeler a ningún extranjero y, aunque en 1798, en el caso excepcional en que entonces se hallaba la República, amagada de una guerra inmediata con Francia, el Congreso de la época expidió una ley autorizando al presidente para hacer salir del país a los extranjeros sospechosos; hay que advertir que la referida ley fue dada cuando estaba en el poder el partido conservador o monarquista, cuyo principal jefe era Hamilton, que tendía a destruir las instituciones democráticas; que esa ley fue considerada por los

demócratas como anticonstitucional y que fue más bien una arma de partido empleada para perseguir a los franceses e irlandeses que eran desagradables a la administración, porque profesaban las ideas del partido republicano.

Reflexionando sobre esta cuestión, hallo un medio que podría satisfacer a usted y a los que estén en favor de la subsistencia del final del artículo 33 y es el siguiente: la simple agregación después de la palabra "recursos", de estas dos: "*ante ellos*", de modo que el final del artículo diría así:

Tienen obligación de contribuir para los gastos públicos, de la manera que dispongan las leyes y de obedecer y de respetar las instituciones, leyes y autoridades del país, sujetándose a los fallos y sentencias de los tribunales, sin poder intentar *ante ellos* otros recursos que los que las leyes conceden a los mexicanos.

Pero repito a usted que juzgo preferible a cualquiera reforma o adición, la supresión del artículo, porque las obligaciones y derechos de los extranjeros son, como dije a usted en mi carta anterior, el resorte del derecho internacional y de los tratados especiales y no de la constitución.

Voy ahora a ocuparme del artículo de usted, relativo a libertad electoral.

Tengo que calificar las ideas que sobre este asunto emite usted, aplicándole uno de nuestros proverbios que dice: "Quien mucho abarca, poco aprieta". Según la constitución son electores *todos los ciudadanos* y éstos son todos los que, además de ser mexicanos, tengan las condiciones siguientes: "Haber cumplido 18 años siendo casados y 25 si no lo son. Tener un modo honesto de vivir".

De modo que, como usted no propone reforma alguna a este artículo, debo suponer que estaría conforme en que un joven de 18 años, casado, por supuesto, que no supiera leer ni escribir, fuese Presidente de la República, o bien que un Congreso fuese compuesto de personas que no supiesen leer; pues yo tengo que confesar, aunque a usted le parezca

anti-democrático mi pensamiento, que no estaría conforme con ninguna de las dos cosas.

Yo no busco la fortuna, como condición de elegibilidad, aunque liberales tan entendidos como el Dr. Mora lo hayan propuesto, pero sí busco la aptitud para desempeñar los puestos públicos y, aunque saber leer y escribir no indique o pruebe que se *sabe*, demuestra sí, que se poseen los medios de *saber*, de instruirse. Por esto dije a usted en mi carta anterior, que estaría conforme con su teoría de que todo elector sea elegible con las dos modificaciones que le indiqué.

Llevando esta cuestión a sus últimos límites, usted, que tan liberal aparece en ella, podría ser tachado mañana de mezquino si se le dijera: ¿qué razón hay para que un joven de 18 años, siendo casado, se suponga más inteligente o más patriota que uno de 20, siendo soltero? O bien, si la mujer es un ser inteligente y libre como el hombre, interesada tanto como éste en el bienestar social y responsable ante la ley como el hombre ¿con qué derecho se la priva de tener voto, de ser elector y elegible? Pero no quiero continuar en el terreno de las suposiciones y voy a ocuparme de mi proyecto de reformas.

Estaría conforme con usted en suprimir la palabra *residencia* si nuestra forma de gobierno fuese diferente, es decir, si en vez de una federación compuesta de estados soberanos, tuviésemos una República central, una e indivisible como la que se proclamó en Francia en 1848. En semejante caso, ante la lógica del principio, dejaría perder, sacrificaría la razón de conveniencia que me movió a formular el pensamiento de que se exigiese la condición de la residencia pero, no siendo así, sino que hemos querido copiar las instituciones de los Estados Unidos, hay que procurar seguir las en sus consecuencias lógicas.

Cada Estado es una soberanía independiente de las demás, excepto en aquellos puntos que la ligan por medio del pacto federal o de unión. Cada estado, en consecuencia, da sus leyes sobre ciudadanía y el ciudadano de un estado no es ciudadano de todos los estados aunque lo sea de la República y no creo que pueda considerarse como anti-democrático el principio de que cada estado o soberanía, sea representado por sus ciudadanos. Si mañana y creo que algún día sucederá, todas las

naciones del continente americano se confederasen para mantener la paz o la guerra o establecer tratados de comercio que las pusiesen a todas bajo el mismo pie, ¿no parecería lógico enviar a un ciudadano mexicano a representar a México, más bien que a un chileno o a un americano del norte? Pues esto es precisamente lo que sucede en nuestro caso.

Voy a anticipar una objeción que usted me hará y es la siguiente: ni todo residente es ciudadano del estado que hace la elección, ni todos los ciudadanos de un estado residen en el mismo estado. Ambas cosas son ciertas, pero son simplemente una excepción de que yo no quise hacer mérito en mis reflexiones sobre este asunto porque fui guiado por otra idea que voy a explicar a usted.

Es preciso confesar que la educación que los españoles dieron a nuestra sociedad fue la menos a propósito para crear hábitos republicanos. Durante mucho tiempo ha sucedido y por desgracia todavía hoy sucede que la hipocresía, la mentira, la falsa modestia, se juzgan preferibles a la manifestación ingenua y franca de los sentimientos y aun de las aspiraciones del hombre. Usted habrá conocido, tanto como yo, multitud de personas que han andado a caza de nombramientos de elección popular, valiéndose de medios hasta poco decorosos; trabajando, como vulgarmente se dice, "debajo de cuerda" para hacerse nombrar, mientras que, en lo público afectan repugnancia al nombramiento, el cual aceptan por *hacer favor* al pueblo que los nombró, pero quedando en libertad de obrar en el sentido que su conciencia les dicta.

Este repugnante sistema de dolo e hipocresía, explica bien todas las decepciones que el pueblo ha sufrido, los perjurios que se han cometido y el ningún castigo, en la opinión siquiera, sufrido por los que han faltado a sus deberes. La preocupación que me han causado estas consideraciones, influyó poderosamente en mí para proponer, desde 1856, a mis compañeros en la comisión de constitución, el requisito de la residencia, creyendo que éste era un medio eficaz de obligar a los aspirantes a obtener la diputación, a presentarse como candidatos y a hacer perder esos hábitos de que antes he hablado y sus funestas consecuencias, a la vez que se iniciaba el medio de establecer entre nosotros la excelente costumbre existente en Inglaterra y los Estados

Unidos de que los candidatos a un puesto público se presenten al pueblo antes de la elección para manifestar qué principios se proponen sostener y qué conducta han de seguir si obtienen el sufragio popular.

Los casos prácticos que usted cita para combatir mi pensamiento, nada prueban en contra. El Sr. Juárez, residiendo en México, no podría ser nombrado diputado por Oaxaca, pero podría serlo por México y nada habría perdido. Además, si quería ser nombrado por Oaxaca, lo único que tenía que hacer era presentarse en el estado al hacerse la elección y esto le bastaba para poder ser nombrado legalmente.

Estoy y estaré siempre por excluir el derecho de ser nombrados diputados, a todos los que desempeñen comisión o empleo de la Unión:

1º Porque en el mayor número de casos, el diputado que es dependiente del gobierno no puede tener la independencia, la libertad de acción que puede tener aquel que ni teme el odio, ni espera el favor del Ejecutivo; pues, aunque hay excepciones honrosas, no creo que uno debe guiarse por la excepción, sino por la regla general.

2º Porque yo supongo que no debe haber más empleados que los necesarios y, si un empleado se separa de su oficina para desempeñar el cargo de diputado, el servicio público sufrirá el trastorno consiguiente a aquella separación.

Que el militar, el juez o «1 empleado que aspire a ser diputado se separe antes de su empleo y, en ese caso, que obtenga en buena hora los sufragios del pueblo y que lo represente; pero de otro modo, no sólo nos exponremos a los inconvenientes que dejo referidos, sino que continuará en vigor el sistema que hasta aquí ha existido, de pagar a los diputados empleados, un sueldo por empleo que no sirven y, como si esta iniquidad no fuese bastante, subsistiría también la de que fuesen pagados por oficinas privilegiadas, hiriendo así todo principio de igualdad y de justicia.

Establecido el principio de independencia entre la Iglesia y el Estado, es absurdo considerar a los clérigos como una clase aparte y yo nunca he estado por su exclusión. En algunas constituciones de los estados de la Unión Americana, se excluye a los ministros de todos los cultos, de ser diputados, dando como razón: "que estando consagrados a

Dios y a la salvación de las almas, no debe distraérseles con ocupaciones mundanas". Dejo al criterio de usted, estimar el peso de estas razones.

Contra mi intención, me he extendido demasiado y tengo que dejar para otra carta, la explicación prometida en la anterior.

Me repito de usted, afectísimo amigo y s. s.

José María Mata

MATÍAS ROMERO INFORMA SOBRE JUGOSA CONFERENCIA
CON EL MINISTRO ESPAÑOL EN WASHINGTON

Washington, noviembre 7 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Desde que se supo aquí la actitud hostil que la España estaba tomando respecto de México, no había yo vuelto a visitar al Sr. Tassara, ministro español en esta capital y, aunque este señor me había invitado en las veces que nos encontrábamos casualmente en la calle o en el departamento de Estado, para que lo viera yo y para que fuera a comer con él, como no me asignaba día fijo, podía yo eludir sin dificultad sus invitaciones.

El 30 de octubre próximo pasado vino a verme a mi residencia; no me encontró y me mandó en seguida la esquila de que acompañe copia, invitándome para comer con él el día siguiente. Creyendo que tal invitación tendría por objeto hablar conmigo sobre las cosas de México y que de su conversación podría yo sacar algo sobre las intenciones de España hacia la República, la acepté y la contesté en los términos que verá usted en la copia que también le remito. Me encontré, sin embargo, con que había invitado además de mí, a otras personas del cuerpo diplomático residente en esta ciudad y no me fue posible hablar con él sobre nuestros negocios ni hacerle ninguna pregunta. Al despedirme me dijo que tenía cosas importantes que comunicarme y que vendría pronto a verme. Yo, avergonzado de la humildad de mi habitación, le dije que le evitaría esa molestia, volviendo a su casa dentro de poco.

Así lo hice en la tarde de anteayer; tuve la fortuna de encontrarlo solo y hablamos un buen rato, sin que en todo él me dijera nada de

sustancia ni pudiera yo sacarle lo que intentaba. Lo único que creo digno de comunicar a usted de cuanto pasó en dicha entrevista, es el concepto de que una de las causas que más han influido en decidir al emperador Napoleón a obrar contra México, según me aseguró, fue el permiso concedido por el supremo gobierno al de los Estados Unidos para pasar tropas americanas al través de nuestro territorio. Por lo que el emperador dijo al Sr. (de la) Fuente, en la entrevista que tuvo con él al presentarle sus credenciales el 10 de agosto último, se conoce que no abrigaba sentimientos muy amigables hacia este país y que vería con disgusto que México o algunos de sus estados fueran absorbidos por él. Es indudable también que el referido permiso sería comentado por Mr. de Saligny, que ve con celo los buenos términos en que Mr. Corwin ha estado con el supremo gobierno, como el primer paso para llegar a aquel resultado y que, con objeto de evitarlo, entre en los planes del emperador auxiliar el establecimiento en México de otra administración menos favorablemente dispuesta hacia los Estados Unidos.

En esta segunda entrevista me dijo el Sr. Tassara que esperaba de un momento a otro noticias importantes y recientes de Madrid y me ofreció que luego que le llegaran me las comunicaría. Con este objeto vino a verme esta mañana. Había yo ido al departamento de Estado con el fin que informaré a usted en nota separada y no me halló. Al volver lo encontré en la calle y lo acompañé a su casa, en donde permanecí por más de una hora. Usó de mucha reticencia, a pesar de lo cual dijo varias cosas que comunicaré a usted someramente.

Asegura que nada está más lejos de la mente de su gobierno que pensar en la reconquista de México y le parece hasta risible esta idea y dice que el ensanche natural de la España está por otra parte, en Marruecos y el Portugal y hasta conviene en que la posesión de la isla de Cuba es una cosa momentánea que no podrá prolongarse por mucho tiempo. Explica la adquisición de Santo Domingo como un hecho independiente de la voluntad de la España y que ni su honor ni su decoro le permitían rehusar.

Haciendo mil protestas de interés por nosotros y de que no me hablaba como ministro español, sino como amigo y hermano de raza, dijo

que no veía más modo de que México saliera con bien de los peligros que lo amenazan, que manifestando docilidad y cediendo desde luego a todas las demandas que le hagan las naciones combinadas. De esa manera cree que se podrá hasta evitar la intervención. "No hay deshonor, me dijo, en ceder ante una fuerza tan respetable; lo demás sería una locura que podrá traer fatales consecuencias para México".

Suplicándome que no hiciera yo uso de su nombre por no comprometerlo y haciéndome mil protestas de simpatía e interés en favor de México, me dijo que escribiera yo a mi gobierno en términos pacíficos y conciliatorios, por ser éste el único modo de que la República pueda salir bien de las presentes dificultades.

Cree que los Estados Unidos se decidirán en caso de guerra en favor de las naciones de Europa y dice que la inmensa fuerza que ellas acumularán en el golfo serán destinadas contra este país más bien que contra México.

Yo procuré mantener la más grande reserva, me manifesté ignorante de todo y le respondía generalidades que no podrían descubrirle ni las noticias que tengo ni mi opinión respecto de ellas. Por el tenor de esta última entrevista y por algunos incidentes que pasaron en ella y que sería prolijo referir, me he acabado de convencer de la exactitud de lo que el Sr. (de la) Fuente comunica a usted en su nota reservada número 1, de 23 de octubre próximo pasado, sobre los planes de la España. Para acabarlo de sondear, le dije cuando él estaba expresando la opinión respecto de Cuba, que dejó referida, que era un juicio muy imparcial e ilustrado y que tenía algunos puntos de contacto o a lo menos partía del mismo fundamento que el del conde de Aranda, relativo a las colonias españolas en América.

Díjele, además que, en mi opinión, el conde de Aranda era el más grande de los hombres de Estado que ha tenido España y para que mi razonamiento surtiera mejor efecto, agregué: "Si se hubieran seguido sus consejos, nosotros tendríamos hoy un rey y estaríamos como el Brasil, prósperos y tranquilos". El Sr. Tassara no pudo contenerse más y me dijo entonces con viveza, que siempre había sido su opinión que México había de ser monarquía y que hasta entonces no podrá estar bien.

Conociendo tal vez que su excitación lo había llevado demasiado lejos y queriendo seguramente corregir la impresión que sus palabras hubieran producido en mí, me dijo en seguida: "Ustedes empezarán por tener dictadores militares y acabarán por la monarquía: es el destino natural de México".

En nota separada informaré a usted de otros incidentes relativos al Sr. Tassara.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

IX Y X CONFERENCIAS DE MATÍAS ROMERO CON MR.
SEWARD

Washington, noviembre 8 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Luego que llegó a mis manos la correspondencia del Sr. (de la) Fuente para este ministerio, que remito con mi nota número 317, fecha de anteayer, la cual vino abierta y con autorización de dicho señor para que la leyera yo antes de enviarla a esa Secretaría, me determiné a solicitar una entrevista extraordinaria de Mr. Seward con el objeto que en seguida diré a usted, pues si me hubiera yo esperado a la del sábado no habría podido comunicarle por este vapor el resultado de tal conferencia.

En aquella fecha estaba Mr. Seward en Nueva York, adonde se había ido a principios de la semana. En la mañana de ayer regresó a esta capital y al medio día ocurri a verlo. Manifesté al subsecretario de Estado los motivos que me hacían desear ver al secretario antes del sábado para que se los hiciera presentes a dicho señor. Fui recibido por él desde luego y empezaba yo a decirle que ya conocía los planes de la España respecto de México, cuando me interrumpió diciéndome que había recibido varios despachos de Europa que no había podido leer aún; que los leería hoy y que me suplicaba volviera yo a verlo mañana para que él pudiera ser más explícito en nuestra conferencia.

En mi entrevista de hoy comenzó por decirme que en la correspondencia de Europa que recibió ayer, no había encontrado nada respecto de México. Yo le manifesté que había sabido de una manera fidedigna que los planes del gabinete de Madrid consistían en organizar un partido en México que proclame la monarquía y pida un príncipe a la

familia reinante de España y que tales proyectos están tan adelantados, que hasta se ha hecho ya la elección de la persona que debe ir de rey a México, que será don Sebastián, tío de la reina Isabel. Yo sabía por supuesto que Mr. Seward conocía con anterioridad estas intrigas; pero se las referí como si lo considerara ignorante de ellas para notar mejor el efecto que le causaran. Las oyó con una sonrisa incrédula y me preguntó por qué conducto las había yo sabido. Le respondí que eran el resultado de las averiguaciones más cuidadosas que habían sugerido a nuestro ministro en París su celo y su patriotismo y que no había duda de la exactitud de ellas. "Tales planes son contrarios a los protestas que nos han hecho el gobierno de Madrid y su representante en Washington", repuso Mr. Seward. "Es natural suponer, le contesté, que traten de ocultar de todos modos y en todas partes sus verdaderas intenciones y se necesita mucho candor, añadí, para creer lo que digan y las protestas que ahora hagan".

"Si las noticias de usted son ciertas, continuó Mr. Seward, propondré al Presidente que enviemos algunos agentes a México para que trabajen en oponerse y contrariar los planes de España". "No lo creo necesario, le dije, pues el pueblo de México no necesitará de tales estímulos para defender su independencia y sus libertades. Creo que habrá algunas personas que trabajen en favor de la monarquía, pues el establecimiento de ella ha sido por algunos años el sueño dorado de media docena de mexicanos ilusos; habrá también en el interior del país jefes españoles, de los que aún están con las armas en la mano, que proclamarían no sólo la monarquía, sino la reconquista de México; pero ni los unos ni los otros son demasiado numerosos para formar una facción y mucho menos un partido. Si los Estados Unidos desean oponerse a tales planes, no lo podrían hacer de una manera más eficaz que facilitando al gobierno de México los recursos que necesita para organizar una fructuosa resistencia".

Mr. Seward me dijo, entonces, que iba a escribir hoy mismo a Mr. Corwin, informándolo de lo que yo le había comunicado, para que estuviera alerta contra las intrigas de los españoles. "Por lo demás, me dijo, nosotros no podemos hacer nada más por ahora. Si el pueblo

mexicano proclamara la monarquía, no le podríamos imponer instituciones republicanas. Mientras no nos contesten si se aceptan o no nuestras propuestas de 2 de septiembre último, estamos con las manos atadas. Tampoco podemos evitar el que dos naciones independientes se hagan la guerra entre sí. Si nuestras circunstancias mejoran, lo que espero sucederá si tiene buen éxito la expedición que hemos mandado al sur, podremos hacer algo más".

En seguida me dijo que se tomaba la libertad de indicarme lo conveniente que sería descubriera yo al ministro de Brasil en esta ciudad y a los representantes de las repúblicas hispanoamericanas los proyectos de la España, para que pusieran en guardia a sus respectivos gobiernos. Le respondí que había yo estado pensando en esto y que había determinado hacerlo así en la semana entrante, en que esperaba tener algún desahogo por haber despachado para entonces mi correo. Sobre esto hablaré a usted en nota separada.

A continuación le pregunté si había recibido el contraproyecto que el gobierno inglés ofreció mandar al de los Estados Unidos sobre el pago de los intereses de la deuda de México, según me informó en una de nuestras conferencias precedentes. Me respondió que hasta esta fecha no lo había recibido y tuvo la bondad de ofrecerme que luego que lo recibiera me lo comunicaría y que también pondría en mi conocimiento cualquiera otro paso que se diera en esa negociación o en alguna otra que afectara los intereses de México. En mi entrevista de hoy me pareció descubrir en Mr. Seward un espíritu más atento para conmigo del que antes había yo notado en él. Por lo que respecta a muestras de atenciones y consideraciones personales, no me dejó nada que desear, aunque sí quedé muy poco satisfecho de la manera con que trató el asunto principal. Sobre esto me permitiré hacer algunas observaciones en la nota en que hable yo a usted de los planes que el Sr. (de la) Puente ha propuesto al supremo gobierno.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

SALIGNY RATIFICA EL ROMPIMIENTO DE RELACIONES;
AHORA LO LLAMA DEFINITIVO

México, 14 de noviembre de 1861

S. E. Sr. de Zamacona, ministro de Relaciones Exteriores
Señor ministro:

Tengo el honor de acusar recibo de la nota que V. E. me ha dirigido ayer.

En lugar de una respuesta categórica a las peticiones que formulé claramente en nombre de Francia, me encuentro en dicha nota con una serie de razonamientos más notables por su extensión que por su justeza y novedad y que no quiero tener el placer fácil de refutar. Siempre el mismo sistema de moratorias, de equívocos, de escapatorias tras del cual se atrinchera vuestro gobierno cuando no cree ya poder hollar abiertamente a sus pies todas las nociones del derecho y de la justicia. Por vuestra negativa a acceder a las condiciones exigidas por el gobierno del emperador que no le dejan otra alternativa sino la de acudir a la fuerza, tengo el honor de declararos que desde este momento, quedan definitivamente rotas todas las relaciones entre Francia y la República y que voy a tomar las disposiciones para salir de México con todo el personal de la legación imperial.

Además, señor ministro y como lo declaré otra vez a V. E., no es hoy cuando conozco, muy a mi pesar, que la prolongación de mi residencia en esta capital era tan incompatible con el honor de la Francia como con la seguridad personal de su representante. El abominable atraco que, en el mes de enero en Veracruz, por poco cuesta la vida al señor embajador de España, así como al representante del Santo Padre y a cuyos actores parece que vuestro gobierno sólo buscó para prodigarles, hasta cierto punto, elogios y estímulo; los dos atentados del 14 de agosto

y esa averiguación irrisoria cuyo solo objeto parece haber sido insultar nuevamente al ministro del emperador y asegurar a los culpables una impunidad escandalosa; la actitud de las autoridades en presencia de los últimos e incalificables ultrajes y amenazas de que han sido víctimas la Francia y su representante de parte de algunos funcionarios y de la prensa, todo esto prueba de qué modo el gobierno mexicano comprende la inviolabilidad de los ministros extranjeros.

En cuanto a la responsabilidad de esta ruptura entre ambos gobiernos, no la temo ni por el gobierno del emperador ni por mí. El mundo civilizado, haciendo justicia a su longanimidad y a la moderación de Francia, la hará recaer íntegramente sobre vuestro gobierno que, no obedeciendo a otro móvil que sus pasiones y su codicia, parece querer abusar de su debilidad para ponerse por encima de todas las reglas de justicia y de todos los principios del derecho de gentes.

Ruego a V. E. acepte la seguridad de mi muy distinguida consideración.

Alphonse (Dubois) de Saligny

XI CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, noviembre 16 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Con objeto de saber si este gobierno había recibido ya el contraproyecto del de la Gran Bretaña respecto del pago de los intereses de la deuda de México y de conocer los términos en que esté concebido, asistí hoy a la recepción ordinaria de Mr. Seward. Mi entrevista con él fue corta, porque ni él ni yo hemos recibido noticias de Europa ni de México desde la última vez que nos vimos y no tuvimos, por lo mismo, nada nuevo que decirnos. Le pregunté si había recibido el referido contraproyecto y me dijo que aún no, pero que el negocio presentaba ahora mejor aspecto porque, según las noticias europeas publicadas recientemente en los periódicos, aparecía no solamente que aquellas potencias habían determinado comunicar sus intenciones a los Estados Unidos, sino que también habían conseguido contener a la España. "Nuestra posición, agregó, ha mejorado notablemente en los últimos días y usted considerará la influencia que esto tendrá en el resultado final del asunto".

Me preguntó con interés si había yo recibido algunas noticias de México o de Europa y me suplicó que le comunicara yo sin dilación las que me vinieran.

En seguida me informó, con señales de la más grande satisfacción, que en la mañana se habían recibido noticias muy importantes de las indias occidentales. Le pregunté cuáles eran y me respondió que la captura por la fragata de guerra de los Estados Unidos, *San Jacinto*, de los señores Masón y de Slidell, que iban a Europa como agentes de los estados disidentes y que fueron traídos a la fortaleza de Monroe y

mandados encarcelar en el fuerte Lafayette. Sobre este incidente daré a usted más pormenores en la reseña política de la presente quincena. Me dijo también que otra noticia no menos importante recibida esta mañana, es la captura de Mr. William Gwin, antiguo senador por California, que vino a Nueva York procedente de San Francisco y a quien se le encontraron a bordo papeles importantes que lo convencen de que estaba tratando de anexar la Baja California, Sonora y Chihuahua a los estados disidentes. También se le redujo a prisión en la misma fortaleza.

Todo lo cual tengo la honra de comunicar a usted para su debido conocimiento, renovándole las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

ZAMACONA CONTESTA CON FIRMEZA A SALIGNY SOBRE LOS ASUNTOS ESPAÑOLES

El infrascrito, ministro de Relaciones, ha tenido el honor de recibir las dos notas que con fecha 11 del corriente y de ayer se ha servido dirigirle el Excmo. señor ministro de Francia, como encargado de la protección de los súbditos españoles.

Si el infrascrito no contestó desde luego la primera de esas notas, fue porque ha tenido razones para estar aguardando de un momento a otro correspondencia de Europa por la vía de los Estados Unidos y, porque la que ha recibido por los últimos paquetes, le hacía esperar que los próximos despachos del representante de esta República en París, contendrían informes relativamente a la comisión que ha llevado para procurar el restablecimiento de las relaciones regulares entre la República Mexicana y el gobierno español y que estos informes ministrarían argumentos de hecho contra la imputación que se hace al gobierno mexicano de poca solicitud en el arreglo de las diferencias que desgraciadamente existen entre los dos países.

Ya que no ha sido así, el infrascrito tiene hoy el honor de contestar las dos mencionadas notas del Excmo. Sr. de Saligny. Lo primero que ha llamado la atención del infrascrito al leer la primera de ellas, es que, aludiéndose a las causas por qué el gobierno de la reina no se ha mostrado satisfecho de las explicaciones que se le han dado sobre los motivos que determinaron la salida del Sr. don Francisco Joaquín Pacheco, de la República, se menciona como la primera la inestabilidad que se atribuye a los gobiernos en México y la posición precaria en que se supone al que actualmente rige la República. El infrascrito se tomará la libertad de observar que, después de la revolución que en México acaba de obrarse, en la cual han desaparecido los elementos que por tanto tiempo sujetaron a fluctuaciones incesantes la política interior de la

República y en que tan palpablemente se han manifestado las bases que el actual orden de cosas tiene en la opinión pública y en los intereses generales de la nación, no puede equipararse el gobierno que hoy rige a los otros que le han precedido, mucho menos en momentos en que cabalmente se disuelven, después de un último esfuerzo, los elementos refractarios a la opinión y al interés nacional.

El Excmo. Sr. de Saligny anuncia que el gobierno español desea el reconocimiento de los compromisos de esta República para con aquella nación. Esto daría a entender que México se desentiende de sus obligaciones legítimas. De nada está más lejos y, antes bien se mezcla el deseo de cumplir esas obligaciones, en el empeño que la República ha mostrado para que se fijen en términos conformes a la equidad y al decoro y buena fe del gobierno español.

El anuncio que a éste se hizo en febrero último sobre el deseo que abrigaba el gobierno mexicano de reanudar y estrechar para siempre las relaciones cordiales entre los dos países, no ha quedado en una simple indicación por parte de este gobierno. Consta al Excmo. Sr. de Saligny el encargo que sobre el particular ha llevado a Europa el Sr. don Juan Antonio de la Fuente y, si éste no se había puesto aún en contacto a la fecha de sus últimas comunicaciones con el gabinete de Madrid, se ha debido a dos causas que acaso para el Sr. de Saligny no sean desconocidas. Es la primera, el haberse ocupado el Sr. (de la) Fuente durante muchos días después de su llegada a París, en allanar las dificultades que tuvo que reparar para regularizar su posición diplomática cerca del emperador. La segunda ha sido el temor por parte del Sr. (de la) Fuente de acercarse a la Corte de Madrid, sin tener seguridad de su recepción y, a riesgo de experimentar un desaire, que no era inverosímil atendidos los antecedentes del negocio cuyo arreglo se le ha encomendado. Para allanar, sin embargo, esa dificultad preliminar, ha dado en París varios pasos que no pueden ser desconocidos al gobierno español y que prueban cuán injusta es la increpación que se hace al de México, de poca solicitud en regularizar sus relaciones con España. Como la extrañeza que el gobierno de la Reina manifiesta por no haber tenido noticia oficial sobre la misión del Sr. de la Fuente es un indicio de

que no se pondrá este embarazo para desempeñarla decorosamente, el infrascrito se propone anunciarle, por el paquete próximo, que hay motivo para creer que desaparezca el tropiezo que le había impedido desempeñar una de las partes más interesantes de su misión.

El gobierno de México no ha dado margen a que se le impute desacuerdo entre su conducta y las explicaciones que ha dado al gobierno español. El Sr. de Saligny podrá leerlas textualmente en la copia adjunta, de la nota que en 21 de febrero de 61, pasó al ministro de Relaciones de S. M. C. el que lo era entonces de este gobierno. Y, a propósito de ese documento, por medio de él podrá rectificar el Sr. de Saligny la idea que emite en su nota a que ésta sirve de respuesta, sobre las satisfacciones que indica haberse ofrecido a la España y sobre la declaración que atribuye a este gobierno, de no haber mediado causa legítima, para la medida, en cuya virtud salió de la República el Sr. don Joaquín Francisco Pacheco. Si tras esa ocurrencia quiso el gobierno de México explicarla al de S. M. C. fue porque sobre el sentimiento del derecho estricto predominó, como predomina aún por parte de la República, el deseo de llegar a una inteligencia cordial con el gobierno de la reina y de restablecer entre las dos naciones, vínculos de amistad correspondientes a los de sangre y filiación que los ligan.

El Excmo. Sr. de Saligny invita a ese gobierno, a nombre del de S. M. C, a entrar en la sola vía que puede conducir a la feliz solución de las cuestiones pendientes entre la República y la España, pero sin indicar de una manera precisa cuál sea ese camino en que México entrará sin vacilar si, como se le anuncia, puede conducir a un desenlace decoroso y satisfactorio de las dificultades pendientes entre los dos países. Fijar los medios de llegar a ese fin, es el deseo más sincero de este gobierno; tal objeto tienen las instrucciones dadas al Sr. de la Fuente, en lo relativo a su misión cerca del gobierno de España y, por el paquete próximo se propone el infrascrito recomendarle que se dé prisa a ponerlas en práctica, puesto que el gobierno de la Reina parece estar dispuesto, según se deduce de la nota del Sr. de Saligny, a oír las explicaciones de la República y a facilitar sinceramente el modo de restablecer con ellas las relaciones cordiales que nunca debieron haberse interrumpido.

Lo que precede, hará comprender al Excmo. Sr. de Saligny y al gobierno a quien sirve de órgano, que la España, para el arreglo de esta cuestión, tiene que apelar no a la fuerza, sino a sus sentimientos de equidad y justicia y a la simpatía que siempre se establece entre dos pueblos que, ajenos de toda pasión, desean promover sus intereses comunes y los de la civilización universal.

Al contestar con lo expuesto las dos mencionadas notas del Excmo. Sr. de Saligny, el infrascrito tiene la honra de renovarle las seguridades de su distinguida consideración.

Noviembre 19 de 1861.

(Manuel María de Zamacona)

MAXIMILIANO AGRADECE LOS SERVICIOS DEL PADRE
MIRANDA

Villa de Miramar. Trieste, 12 de noviembre de 1861¹

(Dr. Francisco Javier Miranda)
Señor:

Debo expresar a usted mi agradecimiento por las cartas que me ha dirigido en diversas ocasiones, así como por las obras de arte y de literatura que las acompañan.

Esté usted persuadido, señor, de que aprecio como lo merece, el celo y la abnegación que no cesa usted de poner al servicio de una causa digna de todo mi interés.

Tengo la esperanza de que, con la ayuda de Dios, estos esfuerzos patrióticos dignamente sostenidos por los de otros hombres ilustrados y de buenos principios, serán al fin coronados por el éxito.

Soy de usted señor, con sentimientos de estimación sincera.

Su afectísimo.

Fernando Maximiliano

¹ El original está en francés. Después de revisarla se reproduce la traducción que aparece junto con el texto francés en la obra consultada.

EL PADRE MIRANDA INVITA A LEONARDO MÁRQUEZ A
UNIRSE CON LOS INVASORES

La Habana, noviembre 22 de 1861

Excmo. Sr. Gral. don Leonardo Márquez
Muy señor mío y apreciable amigo:

Cuando he visto y admirado a usted empeñado últimamente y por cerca ya de un año, en una lucha tan noble por su causa como desesperada por los elementos de que ha podido disponer, me he formado un deber el dirigirme a usted en estos momentos, críticos cual ningunos otros han sido, para que combine sus operaciones en lo de adelante, suponiendo por otra parte que, respecto del éxito final de nuestras disensiones, tiene usted el mismo convencimiento que yo; es decir, que no lo podríamos obtener con nuestras propias fuerzas. En este concepto paso a darle a usted una idea exacta de la intervención europea que ya tenemos sobre nosotros, advirtiéndole de paso que lo que le diga a este propósito no lo debe tomar como el juicio privado de un hombre que juzga de las cosas por sus propias inspiraciones o deseos, sino como la expresión verdadera de lo que realmente pasa. Dura cosa es, en verdad, que las naciones europeas pongan la mano sobre nosotros y sobre nuestros negocios; pero cuando esto es ya un hecho inevitable y la consecuencia natural de nuestros pasados extravíos, la razón natural aconseja y las mismas ideas del patriotismo indican, que debemos aprovecharnos de esta circunstancia para hacerla menos sensible, convirtiéndola en positivo bien. Al pisar nuestro suelo las fuerzas extranjeras llevan dos objetos: el primero es buscar una satisfacción de los agravios, justos o injustos, que entienden haber recibido de nosotros; y el segundo es asegurar para el porvenir y los intereses las personas que la Europa tiene comprometidos en nuestro

país. La primera parte es la menos difícil; es cuestión en la actualidad más de la fuerza que del derecho: México no tiene que hacer más que satisfacer y pagar a los poderosísimos acreedores que le" piden cuentas. En la segunda parte de la cuestión está la dificultad y la que debemos ver con mucha atención el modo de resolverla, porque envuelve nada menos que el gran negocio de nuestro ser político y todos los demás que le están subalternados. Bajo de este concepto, señor general, yo aseguro a usted sobre mi palabra, que siempre ha sido la expresión de la lealtad y de la franqueza, que los gobiernos aliados no tienen hasta el día, la menor aspiración de conquista, ni de rebajar en lo más mínimo nuestra independencia. Al procurar sus intereses, buscan, si bien se mira los nuestros, porque nosotros hace muchos años que andamos en pos de un orden político que no hemos podido obtener y hemos anhelado la paz y la seguridad que han desaparecido completamente, sin que podamos al menos prometernos recobrar esos bienes en medio de tantas aspiraciones inicuas, en medio de tantos errores políticos y sociales y en medio de esa inmoralidad y perversión que nos consume. Ya usted ve cómo, en último análisis, lo que la Europa quiere es lo mismo que nosotros queremos. Si nosotros no nos aprovechamos de la ocasión que se nos presenta para constituirnos sólidamente, o nos debemos resignar a perecer bajo el bárbaro partido que representa Juárez o a ser presa tarde o temprano del norte. No hay que buscarle a la presente dificultad otras soluciones, porque no las tiene.

He dicho a usted en pocas palabras todo el asunto, en el que veo la causa de la nación no menos que la gloria de usted mismo, tan acreedor a coronarse de laureles y a quien tanto le debe la patria. Si usted, como no puedo dudarlo, está resuelto a cooperar al fin en que los gobiernos aliados y nosotros estamos de acuerdo, sírvase usted decírmelo por el mismo conducto que reciba la presente, así como todo lo demás que piense sobre el particular. No creo por demás advertirle, que se desea que todo se haga sobre la base de la voluntad nacional, procurando antes sacarla de la esclavitud demagógica que la comprime. A este objeto deben dirigirse todos nuestros esfuerzos por de pronto, procurando que las fuerzas con que contamos se conserven a todo trance y estén listas

para ocupar la capital en el caso muy probable de que sea desocupada al aproximarse las fuerzas extranjeras.

En este mismo sentido escribo a mi particular y digno amigo el Sr. Zuloaga; pero como temo que se extravíen mis cartas, sin embargo de que las he duplicado y remitido por diferentes conductos, suplico a usted que le comunique la presente, que a su vez hago igual encargo para usted a dicho señor.

Deseo a usted toda felicidad y me repito su afectísimo amigo, seguro servidor q. b. s. m.

Francisco Javier Miranda

LEONARDO MÁRQUEZ, "COMO HOMBRE DE BIEN",
RESUELVE UNIRSE A LOS INVASORES

Ixmiquilpan, diciembre 18 de 1861

Sr. don Francisco Javier Miranda
Muy señor mío y apreciable amigo:

A mi regreso de una expedición que acabo de hacer por el departamento de San Luis Potosí, he tenido el gusto de recibir la estimable carta de usted fecha 22 de noviembre, que ahora me honro en contestar, sintiendo no haberlo hecho antes, porque no llegó a mis manos con la oportunidad debida.

He leído este importante documentó repetidas ocasiones y con toda la detención y cuidado que merece y, mientras más lo leo, más me convenzo de las verdades que contiene, encontrando tan bien dilucidada la cuestión y tan perfectamente explicado todo, que ni deja la menor duda ni queda nada por contestar. Y como por otra parte es proverbial el vasto talento de usted, su acendrado patriotismo, su decisión por la buena causa y sus profundos conocimientos en política, considero que al hablarme usted en los términos que lo verifica, es porque se ha puesto ya en todos los casos y ha visto que puede realizarse el pensamiento de las naciones de Europa respecto de nuestro país; así es que me abstendría de decir a usted una sola palabra sobre el particular, si no fuera porque tan bondadosamente se sirve ordenarme que le diga lo que pienso a este respecto. Mis creencias religiosas y políticas, el amor que tengo a mi patria y la resolución firme que abrigo de morir defendiendo su independencia y su decoro, son generalmente conocidas en mi país y creo que no se ignoran en el extranjero, donde he sufrido las penalidades del destierro, antes que ceder un ápice en mis convicciones. Además,

señor, usted es testigo de que al bienestar de la República he sacrificado mi amor propio, mi orgullo militar y mi libertad, encerrándome voluntariamente en una prisión de Estado, víctima de una administración inconsecuente e ingrata, antes que turbar la paz de la nación, no obstante que contaba con todos los elementos para ello. Y, finalmente, señor, usted ha presenciado que cuando al expirar el gobierno del Sr. Miramón, todos mis compañeros abandonaron la empresa, dándose por vencidos, yo me lancé a la arena con mayor entusiasmo, empuñando la bandera de la reacción, que he sostenido con vigor y constancia a pesar de las dificultades invencibles que se me han presentado y luchando con todo género de inconvenientes, cada vez más decidido a salvar a mi patria o a perecer en la demanda.

Siento mucho, señor doctor, haber tenido que hacer esta ligera reseña de mi conducta; pero era preciso, para demostrar a usted que ni he deseado jamás otra cosa que la felicidad de mi país, ni he perdonado nunca medio alguno para conseguirla, poniendo de mi parte cuanto me ha sido posible. Así es que, mexicano como el que más lo sea, no pasaré nunca por nada que mancille en lo más pequeño la dignidad de México; pero tampoco me opondré jamás a lo que pueda contribuir a su dicha y antes bien trabajaré en este sentido, porque es el deber de todo hombre honrado.

Supuesto, pues, que la intervención europea no tiene ya remedio, porque está puesta en ejecución como la consecuencia natural de nuestras revoluciones, atendiendo a que no queda otro arbitrio que convertir este acontecimiento en positivo bien para nuestro país, aprovechando la oportunidad que se nos presenta para constituirnos sólidamente y, teniendo presente que las naciones de que se trata, no abrigan la idea de una conquista, ni piensan menoscabar en lo más pequeño la independencia y la dignidad de México, sino que sólo quieren asegurar las personas y los intereses que aquí tienen comprometido, estableciendo un orden de cosas duradero, que es lo mismo que nosotros hemos pretendido siempre, creo, señor doctor, que por parte de los hombres de bien y de los que amen verdaderamente a su patria, no puede haber obstáculo que se oponga, supuesto que se trata del bien de ella. Pero,

como desgraciadamente los demagogos han de tocar todos los resortes que puedan para tergiversar la cuestión, presentándola como una dominación a mano armada y pretendiendo probar su dicho con la presencia de las tropas extranjeras que llegarán a ocupar la capital de la República, yo encuentro aquí precisamente la dificultad, porque como usted sabe, se puede encender el amor patrio, estimular el orgullo nacional y convertir en guerra de conquista lo que no es más que una intervención amistosa, en cuyo caso, señor, usted comprenderá fácilmente que nos perdemos y perdemos a la nación en lugar de salvarnos todos, porque créame usted, señor doctor, que lo que es posible conseguir con la razón es imposible alcanzar con la fuerza, por muchas que sean las tropas de que puedan disponer las naciones de Europa. Usted conoce nuestra extensión territorial y sabe usted bien lo acostumbrados que están nuestros paisanos a la guerra de guerrillas, que sería interminable. Por lo mismo creo, señor, que si verdaderamente se desea la felicidad de nuestro país, es indispensable tratar este negocio con un tacto y una delicadeza extremadas. Nada de imponernos condiciones; nada de intervenir las armas extranjeras. Déjese a la nación que se constituya libremente según su voluntad; concédase al nuevo gobierno el tiempo necesario para organizar un cuerpo de ejército y la destrucción de los demagogos, el restablecimiento de la paz y la conservación del orden; nosotros podemos alcanzarlo con nuestras propias fuerzas, haciendo efectivas las garantías que deben disfrutar los extranjeros en sus personas e intereses en todo país civilizado y bien constituido, y cumpliendo todos nuestros compromisos con las demás naciones. Acatando la muy respetable orden de usted, le he dicho mi parecer con toda la franqueza de un soldado; pero creo, señor doctor, que usted encontrará en cada una de mis palabras el más refinado patriotismo y el más grande deseo de ver a la nación pacífica y feliz, progresando como merece para llegar a ocupar entre los demás pueblos del mundo el lugar distinguido que le está señalado por el dedo de Dios. Si para alcanzar este bien pueden servir de algún modo mis esfuerzos y mis sanas intenciones, tenga usted la bondad, señor doctor, de darme sus juiciosos consejos, seguro de que los escucharé, sacrificándome gustoso por mi patria si fuere necesario.

Tengo el honor de repetirme de usted su afectísimo amigo y atento
servidor q. b. s. m.

Leonardo Márquez

GUTIÉRREZ ESTRADA INTERPELA A MIRAMÓN

París, 28 de noviembre de 1861

Sr. Gral. don Miguel Miramón
Muy señor mío:

El carácter de nuestra última entrevista para la que tuvo usted la bondad de venirme a invitar a esta su casa, a las pocas horas de vuelto a París y por otro lado el que, acerca de ellas se ha expresado usted, con otras personas, me ponen en el estrecho caso de consignar aquí fielmente sus principales pormenores.

Antes de entrar en ellos se hace preciso mencionar brevemente siquiera otros anteriores.

Ya desde antes del viaje de usted a Roma mediaron conversaciones cuya base principal era nuestra común persuasión de que el estado de México era desesperado si no se acudía a un remedio pronto y radical; remedio que, hablando usted conmigo, debió comprender sin duda, como lo comprendió, que no podía ser otro sino el que públicamente había yo recomendado muchos años hacía.

Como supiese yo, sin embargo, que en Roma se había expresado usted en otro concepto muy diferente y me conviniese saber a qué atenerme, cuando por todos lados se me argüía con que no se podía contar con usted para nada que no fuese su reinstalación en el poder supremo de la República, no pude menos de recabar de usted, a su regreso a París y en las vísperas de su salida para España, una declaración terminante y categórica de sus principios y sus intenciones y tal lo fue en efecto la que usted me hizo. Siendo tanta su importancia que para más seguridad —y para mejor contestar ¡tal era mi buena fe! a los que otra cosa suponían— que, oyendo yo de boca de usted, su firme

disposición a trabajar conmigo para el establecimiento de la monarquía en México con un príncipe de sangre real, llegué a preguntar a usted terminantemente si me empeñaba en tal caso su palabra de caballero. . . y la de general. . . añadió usted, interrumpiéndome.

Repitió usted, entonces, lo que tantas veces me había dicho sobre que al probar usted las angustias y sinsabores del *mando supremo*, no comprendía cómo había quien se afanase por obtenerlo *en un país como el nuestro*.

Antes de separarnos añadió usted: "Mañana salgo para España; pero a bien que usted me avisará cuándo debo estar aquí de regreso". Yo impondré a usted del estado de las cosas, contesté yo, para que resuelva lo conveniente.

"No, repuso usted, mas quiero que llegada la ocasión me diga usted, simplemente, que debo venir y al punto estaré aquí".

Pero sucedió también esta vez, que a poco de partido usted, supe, por conductos fidedignos, que era otro muy opuesto su modo de expresarse en Madrid y no resolviéndome a dar crédito a rumores los más absurdos, según los cuales habría usted hablado así, en dicha corte, como en otras partes, de que tratándose de monarca para México, ahí estaba usted primero y que hasta tenía ya preparada la diadema para su señora, no pude menos de dirigir a usted la carta de que le acompaño copia junto con la de su contestación, que fue ambigua y evasiva como categórica y concreta había sido mi pregunta. Debí, pues, tomarla por una negativa, esto es por una verdadera retractación de las protestas que espontáneamente me había hecho. Esto, como era natural, exigía una explicación y era cabalmente lo que yo esperaba de usted cuando, a las pocas horas de su llegada que ignoraba, me favoreció con su visita.

A la exposición fiel que hice a usted, palabra por palabra, de cuanto entre nosotros había pasado, se contentó usted con declarar como en su carta lo había hecho que, pronto usted siempre a sacrificarse por su patria, "no haría más sino lo que la nación quisiera. . .", añadiendo usted, que estaba seguro de que los Grales. Márquez, Zuloaga, Mejía, Vicario, etc., se pondrían desde luego con las fuerzas de su mando a las órdenes de usted.

Yo le contesté, entre otras cosas, que los mismos a quienes había hecho cruda guerra en México y a quienes parece trata de seguirla haciendo con los 12,000 o más fusiles que llevaba consigo, según usted lo ha dicho sin ningún misterio, dicen y protestan cabalmente lo propio, a boca llena, los mismos a quienes va usted a combatir; esto es que sólo buscan el *bien del país y que derramarían hasta la última gota de su sangre por conseguirlo*. Así está de mal parado México con tantos espontáneos salvadores como siempre le han salido.

Aceptando yo en principio toda forma de gobierno cualquiera que sea con tal que sirvan para lo que servir deben, es decir, para el bienestar y la felicidad del pueblo a quien se aplica, no pudo usted extrañar mi opinión contraída a que supuesta esta condición esencialísima, no concebía yo que ningún hombre cuerdo y honrado sostuviese en México el sistema republicano, que lejos de acrecentar pero ni aun de mantener siquiera el legado que recibimos de la monarquía aunque colonial, había literalmente acabado con México, pues no puede decirse que vive una nación cuando necesita de una intervención extranjera y que el jefe de su gobierno es el primero que tiene que invocarla, como usted mismo, siendo presidente, lo hizo por mi conducto. No, señor mío, un hombre cuerdo y honrado no puede ya ser republicano práctico en México. Un buen hijo no puede a sabiendas matar a su madre.

Sabedor yo de los comentarios que ha hecho usted de dicha entrevista, ahora que tan reciente se halla todavía, me debo a mi mismo el presentar y dejar establecidos los hechos en toda su verdad y exactitud, como que no he ido buscando otra cosa con mis reflexivas y prudentes precauciones, ya que no lograra yo mi empeño de salir airoso en la defensa que —y buenos testigos tengo de ello— no he cesado de hacer de usted.

Porque se ha dicho además de lo de la corona. . . que si usted desaprueba la intervención europea, que lo repito, siendo usted presidente me suplicó solicitara yo —lo que no hice— es por haberla resuelto sin su previa anuencia, las altas partes contratantes y persona digna de todo crédito me asegura igualmente haberle usted dicho que si se va usted tan pronto a México es por el temor de que el poner el pie en nuestro suelo

las fuerzas aliadas se hallen sin saber a quién dirigirse en nombre de sus soberanos. Usted sabrá, señor general, si todo esto es verdad.

Omito, por ser cosa excusada y tan sabido desde hace 21 años, todo lo que me es personal, como aquello que también se le achaca a usted ¡de que la idea monárquica me trae extraviada la razón! ¡Quizá venga de ahí mi persuasión de que a no ser un Washington no puede un militar, sin ser poco menos que un héroe, vivir contento y bien hallado en una República democrática!

Verdad es que una democracia como la de México, que en sus 40 años de existencia cuenta ya 55 cambios de gobierno, brinda a sus gratuitos salvadores con frecuentes ocasiones de acreditarle su amor y rendimiento.

Sin duda que por faltarme a mi uno y otro llevo tantos años de vivir en tierra extraña.

Deseando yo finalmente que esta carta concluya en los mismos términos que nuestra última plática, debo declarar, señor general, que las palabras que usted oyó de mi boca serias quizá, pero leales y bien intencionadas, como raras veces llegarán a sus oídos, fueron hijas del amor a la verdad y de mi celo por el interés bien entendido de usted que yo deseaba ver de identificar esta vez como en otras, con el de nuestra patria desventurada.

Soy de usted, señor general, muy atento seguro servidor q. b. s. m.

José María Gutiérrez de Estrada

P. S.

A mi lealtad y decoro conviene declarar desde ahora, señor general, que me reservo el derecho de hacer de esta carta el uso que más me convenga.

XII CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, noviembre 23 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Con objeto de cumplir por mi parte con las instrucciones que se sirve usted comunicarme en su nota reservada número 40, de 29 de octubre próximo pasado, relativa al tratado propuesto por Mr. Corwin, fui esta mañana a ver a Mr. Seward. Díjele que el ministro de los Estados Unidos en México había tenido varias conferencias con usted para la celebración del tratado, en virtud de las instrucciones que se le dieron, a las que había hecho ligeras modificaciones usando de la autorización que en las mismas se le concedió y que, además de la garantía del producto de los terrenos baldíos, pedía la de los bienes nacionalizados; que tales proposiciones habían merecido la aprobación del gobierno de México pero que, hasta últimas fechas, no se había concluido nada formalmente. Mr. Seward me dijo que había recibido despachos de Mr. Corwin sobre este asunto.

No me pareció conveniente entrar en explicaciones sobre las modificaciones adoptadas por Mr. Corwin porque las que dé él mismo serán más satisfactorias y mejor recibidas que las que yo me anticipara a ofrecer. Cuando venga el tratado, si es que se llegó a firmar, haré lo que esté a mi alcance por conseguir su aprobación, según usted me lo encomienda.

Hablamos en seguida de los proyectos de intervención europea en la República, que según las noticias recibidas recientemente se han formalizado ya, pues el 31 del mismo octubre, se firmó el tratado entre Inglaterra, Francia y España, que se había estado negociando por dos

meses. En los recortes adjuntos encontrará usted los términos en que se asegura está concebido dicho documento y varios editoriales de los periódicos ingleses y americanos sobre lo mismo. Mr. Seward me dijo que no tenía más noticia del tratado que las publicadas en los diarios y que hasta ahora no se había hecho al gobierno de los Estados Unidos la invitación que en el mismo pacto se estipula. Agregó, con notable reserva, que no sabía qué partido tomaría el gobierno de los Estados Unidos; que había hablado ya con otro de los miembros del gabinete y que habían determinado esperar hasta que se recibiera el tratado y la invitación. Continuó diciendo que ese pacto sería motivo de discordia para los países contratantes, porque España y Francia estaban en favor del partido reaccionario y la Inglaterra del liberal y, que después de empezado, verían que no era posible salir de él tan fácilmente como habían entrado. Me preguntó si no sabía yo para cuándo se esperaba la expedición en las aguas de la República, a lo que le respondí que no lo sabía con certeza; pero que entendía era para principios de diciembre próximo.

Yo le dije a mi vez que no me parecía que hubiera motivo serio de disensión entre las tres potencias, pues la Francia y la España evidentemente se decidirían por el partido reaccionario y la Inglaterra, que no tiene predilección por el liberal, no se empeñaría en sostenerlo, ni haría de esto motivo de disputa. Le informé de que todas o casi todas las que Inglaterra llama ofensas recibidas de México habían sido inferidas por el partido reaccionario; le referí lo mucho que este partido había deseado la intervención extranjera en México y le dije que no tenía yo duda de que ahora haría causa común con los invasores.

Le manifesté en seguida que había yo sabido de una manera fidedigna que uno de los motivos que más indujeron al emperador Napoleón a entrar en ese incalificable arreglo, era el deseo de establecer en México una administración basada sobre principios de hostilidad hacia los Estados Unidos. En apoyo de este aserto le referí lo que me dijo el Sr. Tassara respecto de la manera con que el emperador había recibido la noticia del permiso concedido por el supremo gobierno a las tropas de los Estados Unidos para pasar por el territorio de la República, aseveración

qué está plenamente confirmada con el notable artículo de *La Presse de París*, que también remito; Mr. Seward oyó con atención mis observaciones y me respondió con generalidades respecto de la buena intención que el "gobierno de los Estados Unidos tiene para con México y de su deseo de hacer todo lo que pueda en su favor, pero sin decir una sola palabra que pudiera indicar si los Estados Unidos adoptarán o desearán la invitación que debe hacerse por las potencias europeas.

Esta reserva y frialdad de Mr. Seward me acaba de confirmar en el concepto que tenía yo formado de que si los Estados Unidos, mientras Mr. Seward esté en el departamento de Estado, toman parte en nuestras dificultades con las naciones europeas, es sólo para sacar a nuestra costa el provecho que puedan de ellas y no porque tengan el más ligero deseo de ayudarnos de buena fe a sostener nuestra nacionalidad y nuestras libertades.

Llamé la atención de Mr. Seward a la pequeñez de la fuerza de desembarco que debe llevar la expedición y le dije que se había fijado, en el concepto de que México no haría ninguna resistencia, en lo cual podría haber equivocación. Ya para concluir, le dije: "de las estipulaciones del tratado se deduce muy claramente que la intención de las potencias signatarias es establecer un gobierno monárquico en México". "Eso no será nunca", me respondió en tono magistral, lo cual me hace creer que aparenta no comprender o realmente no comprende la gravedad de las circunstancias y los verdaderos designios de la Europa.

Después de haber salido del departamento de Estado me puse a pensar en los impenetrables designios de Mr. Seward que, con el envío a Europa del arzobispo Hughes para que trabaje *en favor de México*, me tiene enteramente desorientado y me pareció que no sería nada extraño el que este gobierno aprobara los planes de los de Europa y se uniera a ellos, si creía que de tal paso podría sacar algunas ventajas. Discurriendo sobre este mismo tema, me ocurrió que si la intervención ha de ser un hecho que no esté en nuestra posibilidad evitar, nos sería más conveniente que los Estados Unidos tomaran participio en ella, pues, en tal caso, además de que se aumentan los motivos de discordia entre los interventores, conseguiremos que la causa liberal tenga a lo menos el

mismo número de votos que la reaccionaria, pues no sería difícil que los Estados Unidos lograran, teniendo un agente tan hábil como Mr. Corwin, decidir enteramente en favor de la causa constitucional a la Inglaterra, que de otro modo estaría vacilante. Voy a reflexionar maduramente sobre esto y, si el resultado de mis meditaciones vale la pena, lo comunicaré a Mr. Seward. Entretanto continúo siendo de opinión que aún nos podríamos salvar si, antes de la llegada a Veracruz de las escuadras combinadas, se ha derogado la ley de 17 de julio y se ha declarado la guerra a España, como lo propuso el Sr. (de la) Fuente.

Me olvidaba comunicar a usted que pregunté a Mr. Seward si era cierto que Mr. Corwin estaba para regresar a esta capital, conforme lo aseguran los periódicos y que me respondió que hasta ahora no se le había concedido ninguna licencia y que no creía que se viniera.

También le pregunté si había recibido el contraproyecto del gobierno inglés y me dijo que no, por lo que creo que el tratado de Londres será presentado a este gobierno como tal contraproyecto y el único aceptable por el gobierno inglés.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

RECLAMAN EL PUESTO DE VANGUARDIA FRENTE AL INVASOR

Ministerio de Guerra y Marina
Ciudadano presidente:

Conmovida la República con motivo de la guerra extranjera que la amenaza, la oficialidad del batallón independencia y demás ciudadanos que lo forman, con la conciencia de que la sangre es de la patria, desean ser oídos esta vez, del primer magistrado de la nación.

Conocidos los intentos y ensueños dorados de los enemigos de nuestra nacionalidad, fácil es imaginarse lo mucho que habrá podídoles la marcha de reforma y de progreso en que México ha entrado. No satisfechos de haber sido vencidos en cien batallas desiguales por los heroicos esfuerzos de nuestros padres, osan aún retornos. Sea así.

Estos hombres orgullosos y amigos en su mayor parte de las hogueras y de la inquisición y sucesores dignos de Pedro Arbues y Felipe II, quieren sangre, superstición, fanatismo y frailes, medios únicos que conocen para hacer felices a los pueblos que conquistan.

Los mexicanos que suscribimos, que hemos manifestado a la faz del mundo que sabemos llevar con gloria la bandera que juramos sostener y que arrancamos un laurel a la victoria en la gloriosa jornada de Churubusco no veremos con faz serena que nuestros compañeros de armas nos adelanten en osadía y arrojo.

La bandera del batallón independencia supo conquistarse un nombre distinguido entre sus conciudadanos, al combatir, con heroico denuedo contra los injustos invasores de 1847, no obstante la decisión y valor conocido con que peleaban.

El nombre de español, ciudadano presidente, recuerda la servidumbre de 300 años y el martirologio de muchos millones de americanos para medir el proverbial valor que lo caracteriza.

Si, pues, hubiese llegado la última razón de los pueblos, hagamos entender a los soberbios hijos de la Iberia retrógrada, que en el campo de batalla sabemos sostener los sagrados derechos de la libertad e independencia y que si en Marruecos, a esos soldados altaneros, les fue propicia por acaso la fortuna, en la República Mexicana encontrarán en cada pecho un baluarte y en cada palmo de terreno un sepulcro. Por lo expuesto, suplicamos al ciudadano presidente se sirva dar sus órdenes, si es que fueren compatibles con el plan de guerra adoptado, para que al batallón independencia, se otorgue la gracia y gloria, que no quiere compartir, de marchar a la vanguardia de las tropas que primero ataquen a las extranjeras y enemigas de nuestra nacionalidad. Al otorgársenos la conformidad con nuestra solicitud, recibiremos gracia que respetuosamente pedimos.

México, Noviembre 26 de 1861.

F. Mejía	Miguel Gutiérrez	Juan N. Vera
José María Sayas	Rodrigo Valdez	Abraham Olvera
Lino Pérez	Tiburcio Delgado	José Coto
Vicente Jaso	Simón Arce	Agustín Pérez
Mariano Rivas	Cosme Bello Mejía	Miguel Estrada
Santiago Díaz	Cástulo Martínez	Juan Corro
Por la clase de sargentos	Por los soldados	Por los cabos

CONVENIENTE PARTICIPACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA EXPEDICIÓN EUROPEA CONTRA MÉXICO

Washington, noviembre 27 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Desde la fecha de mi nota número 339, en que indiqué a usted la conveniencia que nos resultaría de que los Estados Unidos tomen parte en la expedición organizada por las potencias europeas contra México, he consagrado a este asunto mi más profunda atención y me he ocupado en meditar detenidamente los resultados que tal participio produciría, hasta donde me ha sido posible alcanzarlos. Después de la madura reflexión que la importancia y trascendencia del asunto requería, he llegado a las conclusiones siguientes, que procuraré referir someramente.

Aunque la expedición está dirigida inmediatamente contra México, se trasluce desde luego que ha sido dictada con un espíritu hostil hacia los Estados Unidos y en desprecio de la doctrina de Monroe, que "considera toda intervención europea en los pueblos de este continente, como indicando una disposición poco amistosa hacia los Estados Unidos". Por lo que respecta a la Francia y a la España nunca se hubiera invitado a este país a tomar parte en la expedición y la invitación viene de la Inglaterra, que todavía teme dar motivo de guerra a los Estados Unidos y que no quiso obrar en abierta hostilidad o con desprecio notorio hacia ellos. No son, pues, o por lo menos, no se les considera capaces de impedir la expedición.

Si al invitárseles de la manera que previene el tratado de Londres, protestaran contra la intervención y manifestaran su determinación de oponerse a ella, aun con la fuerza, tal conducta no contendría a las

potencias europeas y, después de consumados los hechos, quedaría la protesta por enérgicos que fueran los términos en que estuviera concebida, sin valor ninguno, como ha quedado la que hicieron con motivo de la anexión de Santo Domingo.

Pero si se ha de juzgar de la conducta futura de este gobierno por la que hasta aquí ha observado en este negocio y por las dificultades que lo rodean y que no tienen apariencia de desaparecer muy pronto, creo que ni siquiera haría una protesta formal; sino que se limitaría a decir que no tomaba parte en la expedición porque su política tradicional ha sido siempre no mezclarse en alianzas extranjeras y cuando más recordaría las explicaciones que le han dado las potencias signatarias del tratado de Londres, de que su objeto no es subvertir la forma de gobierno existente en México, ni adquirir parte alguna del territorio de la República. Es cierto que en este caso les quedaría el derecho de reclamar después si resulta que el objeto de la expedición es algún otro distinto del que se ha anunciado; pero tal derecho, que sería problemático, pues dependería de la manera con que termine aquí la presente guerra civil, de nada nos aprovecharía a nosotros, porque ya los designios de nuestros enemigos serían hechos consumados y, por lo mismo, muy difíciles de contrariar.

Si, por el contrario, los Estados Unidos toman parte en la expedición nos resultarán las ventajas siguientes:

1ª—Aumentar los elementos heterogéneos y de discordia que hay en la expedición para que sea menos lo que ésta pueda hacer y conseguir.

2ª—En caso de que no sea posible neutralizar los efectos de aquélla con la política propuesta por el Sr. (de la) Fuente, de acceder a las reclamaciones de Francia e Inglaterra y declarar la guerra a España, conseguir que los Estados Unidos decidan enteramente a la Inglaterra que, dejada a sus propios impulsos, estaría vacilante en favor de la causa liberal en la República.

3ª—Hacer que esta causa cuente con un voto más en los consejos de las potencias interventoras, con lo cual se conseguiría a lo menos empatar las votaciones, pues es seguro que la Francia y la España están decididas por la facción reaccionaria, degenerada en monárquica.

No cabe duda que los Estados Unidos pueden hacer mucho más en nuestro favor teniendo voz y voto en el consejo de las potencias coligadas, que estando mudos y excluidos de él. Esto dependerá, en gran parte, de la persona que lo represente en dicho consejo; si, como me parece probable, fuese Mr. Corwin, no tendríamos nada que desear; pero si se mandase alguna otra persona que fuese órgano más fiel de las inspiraciones de Mr. Seward, habría el peligro de que se aumentara el número de nuestros verdugos y de que también los Estados Unidos quisieran sacrificarnos en su provecho; pero en este camino podrían adelantar poco, por los celos que inspiran a las tres potencias coligadas.

El inconveniente más grave que nos resultaría, en caso de que este gobierno adopte el segundo extremo, es la imposibilidad que entonces habría de que nos prestara los recursos que necesitamos para hacer la guerra a nuestros invasores; pero, a mi juicio, tal dificultad subsistiría con la misma fuerza en el otro caso, pues tengo manifestado a usted cuán grande es la resistencia de Mr. Seward para conceder auxilios pecuniarios a México y cuán explícita su declaración —nota número 295, de 12 de octubre próximo pasado— de que en caso de guerra entre México y España, los Estados Unidos se mantendrían neutrales y llevarían su neutralidad hasta el grado de no conceder al primero los auxilios pecuniarios que necesite para la prosecución de las operaciones militares.

En las precedentes reflexiones considero la cuestión bajo un punto de vista puramente mexicano, atendiendo solamente a los intereses de la República y sin tomar en cuenta para nada los de los Estados Unidos. En favor de éstos encuentro también algunas razones que no creo necesario enumerar aquí. No teniendo ya, pues, duda de que será más ventajoso para México el que los Estados Unidos tomen parte en la expedición, creo de mi deber hacer cuanto me fuere posible por inducir a este gobierno a dar tal paso. Desgraciadamente la esfera de mi posibilidad es muy reducida; pero esta consideración no será suficiente para hacerme desmayar en mi propósito. Conozco la gravedad de mi determinación y de buena gana la suspendería hasta recibir instrucciones de mi gobierno u oír la opinión del Sr. (de la) Fuente; pero, como el caso no admite

ninguna dilación, me veo obligado a proceder sin pérdida de tiempo y bajo mi exclusiva responsabilidad.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

PATRIOTAS DE JILOTEPEC OFRECEN SUS SERVICIOS

Jilotepec, noviembre 27 de 1861

Ciudadano ministro de la Guerra

En la tarde de hoy, el que suscribe y los ciudadanos juez de letras del partido, José M. de la Paz Álvarez y alcalde 1º de la cabecera, Ramón Ballena, hemos tenido en Chapa de Mota, pueblo del mismo partido, una conferencia con los Grales. Miguel Negrete y Juan Argüelles, de la cual ha resultado que los jefes y las fuerzas que los obedecen, se ponen a disposición del supremo gobierno, con objeto de que se les ocupe en la guerra a que nos provoca España.

Me anticipo a dar este aviso a usted, para conocimiento del supremo gobierno y con el fin de que se sirva dar las órdenes necesarias para que cese la hostilidad contra dichas fuerzas, bajo el concepto de que oportunamente se remitirán a ese ministerio los documentos que justifiquen el acto de sumisión.

¡Honor a México! ¡Viva la República!

José María García

PUEBLA LLAMA A SU GUARDIA NACIONAL

El ciudadano Francisco Ibarra, gobernador interino del estado libre y soberano de Puebla, a sus habitantes, sabed:

Que estando amagada la República por una guerra extranjera, he tenido a bien, de acuerdo con la diputación permanente, decretar lo siguiente:

Artículo 1º—El gobierno convoca a todos los ciudadanos del estado para la defensa de la independencia de la República.

Artículo 2º—Por ahora se alistarán desde luego y en el término de 15 días, todos los individuos que han sido últimamente calificados con la aptitud necesaria para servir en la guardia nacional.

Artículo 3º—El alistamiento en la capital, se hará en los lugares que designará oportunamente el gobierno.

Artículo 4º—Los jefes políticos harán el alistamiento dentro del plazo señalado en el artículo 2º, contando éste desde el siguiente día al en que reciban este decreto.

Artículo 5º—Luego que termine en la capital el plazo designado para el alistamiento, se procederá a la formación de los batallones y escuadrones que han de ponerse sobre las armas.

Artículo 6º—Las personas que, conforme a esta ley deben alistarse y no lo verifiquen, serán irremisiblemente destinadas al servicio de las armas en los cuerpos del ejército.

Artículo 7º—Luego que en cada uno de los distritos expire el plazo señalado para el alistamiento, darán cuenta los jefes políticos del número de hombres que se hayan alistado en cada uno de ellos.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento.

Dado en Puebla, a 28 de noviembre de 1861.

Francisco Ibarra

Juan N. Méndez

Secretario de Gobernación y Milicia

SE NOMBRA A MONTLUC CÓNSUL EN FRANCIA

México, noviembre 28 de 1861

(Sr. Armand Montluc)

París

Muy querido y estimado señor:

El último paquete me ha traído su estimable del 30 de septiembre, en la cual me da usted las gracias por haberlo nombrado cónsul general en París. Sus cualidades personales, tan recomendables, y sus simpatías por la República, determinaron esa elección, que considero como un partido muy prudente de mi gobierno, porque estoy seguro de que usted se esforzará, como lo dice, en rectificar la opinión sobre las diversas acusaciones gratuitas dirigidas a los mexicanos, aun por compatriotas desnaturalizados, que desfiguran los hechos bajo la influencia de intereses obcecados de partido y con la mira de favorecer vergonzosas especulaciones.

Deploro vivamente que no se haya obtenido todavía del Sr. Thouvenel que conceda a usted el *exequatur* y temo que tarde aún eso a causa de las aciagas dificultades que han surgido entre Francia y nuestra República; pero tengo la confianza de que tendrán una pronta solución, porque esa nación es ilustrada y magnánima y porque México hará con gusto todos los sacrificios compatibles con su dignidad, para restablecer las relaciones amistosas que ha querido mantener siempre con esa potencia. No dudo que usted haga todos los esfuerzos posibles para llegar a ese resultado.

Devuelvo los sentimientos que usted me expresa y le ofrezco la expresión de mi estima y consideración y quedo de usted afectísimo servidor q. b. s. m.

Benito Juárez

EL CONGRESO REGLAMENTA LOS ARTÍCULOS 101 Y 102 DE LA CONSTITUCIÓN SOBRE EL AMPARO

El ciudadano Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la unión ha tenido a bien decretar lo siguiente

Ley orgánica

De procedimientos de los tribunales de la federación que exige el artículo 102 de la constitución federal, para los juicios de que habla el artículo 101 de la misma.

Sección Iª

Artículo 1. —Los tribunales federales son exclusivamente competentes, siempre que se trate de rebatir las leyes de la unión o de invocarlas para defender algún derecho en los términos de esta ley.

2.—Todo habitante de la República que en su persona o intereses crea violadas las garantías que le otorgan la constitución o sus leyes orgánicas, tiene derecho de ocurrir a la justicia federal, en la forma que le prescribe esta ley, solicitando amparo y protección.

3. —El ocurso se hará ante el juez de distrito del estado en que resida la autoridad que motiva la queja y, si el que la motivare fuere dicho juez, ante su respectivo suplente. En el ocurso se expresará detalladamente el hecho, fijándose cuál es la garantía violada.

4. —El juez de distrito correrá traslado por tres días a lo más al promotor fiscal y, con su audiencia declarará, dentro de tercero día, si debe o no abrirse el juicio conforme al artículo 101 de la constitución, excepto el caso en que sea de urgencia notoria la suspensión del acto o providencia que motiva la queja, pues entonces lo declarará desde luego bajo su responsabilidad.

5. —Siempre que la declaración fuese negativa, será apelable para ante el tribunal de circuito respectivo.

6. —Ese tribunal de oficio y a los seis días de recibido el expediente, resolverá sin ulterior recurso.

7. —Si el juez manda abrir el juicio, lo sustanciará inmediatamente con un traslado por cada parte, entendiéndose por tales, el promotor fiscal, el quejoso y la autoridad responsable, para sólo el efecto de oírla. El término de cada traslado no podrá pasar de tres días y, a su vencimiento, el juez de oficio mandará extraer el expediente.

8. —Sustanciado el juicio, si fuere necesario esclarecer algún punto de hecho a calificación del juzgado, se mandará abrir un término de prueba común que no excederá de ocho días.

9. —Si las pruebas hubieren de rendirse en otro lugar diverso del de la residencia del juez de distrito, se concederá un día más por cada diez leguas de camino de ida y vuelta.

10. —Concluido el término de prueba, cuando haya sido necesario o sustanciado el juicio, cuando sólo se trate de puntos de derecho, el juez en audiencia pública oírá verbalmente o por escrito a las partes y, previa citación, pronunciará el fallo dentro de seis días.

11.—En él se limitará únicamente a declarar que la justicia de la Unión ampara y protege al individuo, cuyas garantías han sido violadas o que no es el caso del artículo constitucional, en virtud de haber procedido la autoridad que dictó la providencia en el ejercicio de un derecho reconocido por la ley.

12. —La sentencia se publicará en los periódicos y se comunicará oficialmente al gobierno del estado, para que pueda exigirse la responsabilidad que haya en la autoridad que dictó la providencia. Si la autoridad responsable es federal, se pasará testimonio a su superior inmediato, para lo que hubiere lugar.

13. —En estos juicios las recusaciones e impedimentos se sustanciarán y resolverán conforme a las leyes vigentes.

14. —El juez de distrito cuidará de la ejecución de su fallo, requiriendo formalmente, a nombre de la unión, al superior de la

autoridad responsable, siempre que éste al tercer día de haberlo recibido no hubiere dádole cumplimiento por su parte.

15. —Si a pesar de este requerimiento el fallo no hubiere sido ejecutado, el juez dará aviso al gobierno supremo, para que dicte la providencia que convenga.

16. —La sentencia que manda amparar y proteger, sólo es apelable en el efecto devolutivo y se ejecutará sin perjuicio del recurso interpuesto.

17.—Los tribunales de circuito, en todos los casos en qué conozcan conforme a esta ley, decidirán dentro de 15 días de haber recibido el juicio, oyendo a las partes verbalmente o por escrito, en el acto de la vista.

18. —Si la sentencia de vista fuere conforme con la de primera instancia, causará ejecutoria; pero si la revoca o modifica, será suplicable siempre que dentro de cinco días se interponga el recurso.

19. —Admitida la súplica, la sala de la Suprema Corte a quien toque, resolverá con vista del juicio y citadas las partes, dentro de 15 días; sin que contra esta determinación pueda usarse de otro recurso que el de responsabilidad en el único caso de infracción notoria de la constitución y leyes federales.

Sección IIª

20.—Las leyes o actos de la autoridad federal que vulneren o restrinjan la soberanía de los estados pueden reclamarse por cualquiera habitante de la República, pero la reclamación se hará en los términos que prescribe esta ley y no surtirá otro efecto que amparar al individuo en el caso especial sobre que versare su queja.

21. —Cualquiera juez que fuese competido a ejecutar algún acto o al cumplimiento de alguna obligación procedente de leyes o actos de la autoridad federal que en su concepto invadan o restrinjan la independencia del estado, puede ocurrir en defensa de su derecho al juez de distrito de su demarcación.

22.—El ocurso se hará por escrito expresando la ley o acto de que procede la obligación que considere injusta y a cuyo cumplimiento se le apremie, las razones en que funda la incompetencia de los poderes

federales para obrar en aquella materia y el artículo constitucional o ley orgánica que favorezcan su pretensión.

23. —El juez, en vista de esta representación, procederá conforme a los artículos desde el 4º hasta el 10º inclusive de esta ley.

24. —El fallo tendrá únicamente por objeto amparar al reclamante, declarándolo libre de cumplir la ley o providencia de que se queja o mandarle que los obedezca, declarando sin lugar su pretensión.

25. —En uno u otro sentido, la sentencia es apelable en ambos efectos, interponiéndose el recurso dentro de cinco días.

26. —Hecha la calificación del grado, se observará para las instancias ulteriores las prevenciones de los artículos 17. 18 y 19 de esta ley.

Sección IIIª

27.—Cualquiera habitante de la República puede oponerse a las leyes o actos de las autoridades de los estados que invadan las atribuciones de los poderes de la unión; pero su oposición deberá formularse en los términos que dispone esta ley y no surtirá otro efecto que el señalado en el artículo 20.

28. —Todo el que considere que no debe cumplir cualquiera ley o sujetarse a un acto de las autoridades de los estados, porque obran en materias que no son de su incumbencia, podrá ocurrir al juez de distrito respectivo, exponiéndole por escrito los motivos de su pretensión.

29. —El juez procederá según los artículos desde el 4º hasta el 10º citados y en su caso fallará, bien declarando al individuo libre de sujetarse a la ley o acto de que se queja, o bien que está en el deber de acatarlos.

30. —Para la apelación y súplica de estas sentencias se observarán los artículos 17, 18, 19 y 25 de esta ley.

Sección IVª

31. —Las sentencias que se pronuncien en los juicios de esta naturaleza, sólo favorecen a los que litigaren. En consecuencia, nunca podrán alegarse por otros, como ejecutorias, para dejar de cumplir las leyes que las motivaron.

32. —Las sentencias que se pronuncien en todas las instancias, se publicarán en los periódicos.

33. —Los tribunales para fijar el derecho público nacional tendrán como regla suprema de conducta la constitución federal, las leyes que de ella emanen y los tratados con las naciones extranjeras. Los jueces de cada estado se arreglarán a dicha constitución, leyes y tratados, a pesar de las disposiciones en contrario que pueda haber en las Constituciones o leyes de los estados.

34. —En los juicios a que se refiere esta ley, los notoriamente pobres, podrán usar de papel común para los ocurso y actuaciones.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la unión, en México, a 26 de noviembre de 1861.

Manuel Dublán
Diputado presidente

Mariano Rojo
diputado secretario

Manuel M. Ovando
Diputado secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio del gobierno Federal en México, a 30 de noviembre de 1861.

Benito Juárez

Al ciudadano Joaquín Ruiz, ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.
Dios, libertad y reforma. México, etc.

Ramón I. Alcaraz

JUÁREZ OFRECE AL BATALLÓN INDEPENDENCIA QUE
ESTARÁN EN LA VANGUARDIA

Ministerio de Guerra y Marina

Sección 1ª

Al ciudadano coronel del batallón independencia.

Presente

El ciudadano presidente se ha impuesto de la comunicación de usted de 26 del corriente, a la que acompaña la exposición que le dirigieron los individuos que forman el batallón de su digno mando, pidiendo marchar a la vanguardia del ejército defensor de la República.

El ciudadano presidente me manda dé usted las gracias a esos valientes ciudadanos, por su patriótico ardimiento, ofreciéndoles que muy pronto serán satisfechos sus nobles deseos.

Libertad y reforma, México, noviembre 30 de 1861.

(Ignacio) Zaragoza

LA GUARDIA NACIONAL DE OAXACA SALE RUMBO A VERACRUZ

El gobernador Constitucional del estado a los batallones de guardia nacional que marchan a la campaña:

Soldados de Oaxaca:

El enemigo extranjero amenaza nuestra independencia; la patria os llama para sostener su soberanía; la República entera se levanta para agruparse en torno de la bandera tricolor a sostener sus derechos.

Vosotros vais a representar entre nuestros hermanos a un grande estado. Los nombres de Morelos y Guerrero son el recuerdo de dos héroes; ellos pelearon por la independencia y por la libertad que vosotros vais a defender y con vuestro denuedo nosotros legaremos a los nuestros, la patria y el porvenir.

Oaxaca os confía su honor y su nombre; el gobierno os recomienda la subordinación y la constancia; los enemigos extranjeros admirarán vuestro heroísmo y vuestro brío y yo os saludo desde ahora, porque conozco vuestro valor y veo en vuestra frente la luz de la victoria.

¡Oaxaqueños! ¡Viva la independencia! ¡Vivan la libertad y reforma!

Vuestro amigo,

Ramón Cajiga

(Oaxaca, noviembre de 1861)

XIII CONFERENCIA DE ROMERO CON MR. SEWARD

Washington, noviembre 30 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Con el deseo de llevar a cabo el proyecto que indiqué a usted en mi nota número 344, de 27 del que finaliza, sobre la conveniencia de que los Estados Unidos tomen parte en la expedición europea contra México, tuve hoy una conferencia con Mr. Seward, en la que le manifesté detalladamente la manera en que yo veo el asunto, teniendo especial cuidado de hacer resaltar las ventajas que de tal paso resultarían a los Estados Unidos. Dije, por supuesto, a Mr. Seward que, por lo que respecta a los intereses de su país, él era el mejor juez y el que los conocería más fácilmente y que mi objeto era más bien manifestarle que también los intereses de México estaban en el mismo sentido y que, por lo mismo, si los Estados Unidos asumían la posición que yo le indicaba, México no se daría por ofendido de ellos.

Mr. Seward, penetrado al parecer de mis observaciones, me dijo que el negocio era bastante grave y que se tomaría el tiempo necesario para meditarlo. Después añadió en tono festivo: "es muy duro tener que declarar la guerra a un buen amigo para contribuir de esa manera a salvarlo"; a lo que yo le respondí que las circunstancias y complicaciones hacían necesarias muchas veces anomalías de esa especie, agregándole que nuestro deseo de que los Estados Unidos aparecieran como nuestros enemigos era una prueba de la confianza que teníamos en ellos.

Le pregunté en seguida si se le había hecho ya la invitación estipulada en el tratado de Londres, a lo que me contestó que aún no, porque todavía no había llegado el tratado con las instrucciones

correspondientes a uno de los ministros de las potencias coligadas, aunque los otros dos lo habían recibido ya y uno de ellos se lo había enseñado en lo confidencial. Creo que el ministro que no lo ha recibido todavía es el Sr. Tassara, a quien sé que siempre le llegan con retraso sus comunicaciones.

Mr. Seward me manifestó que deseaba mucho recibir la próxima correspondencia de México: "es probable, me dijo, que Mr. Corwin haya firmado un tratado que cambie enteramente el aspecto de la cuestión y entonces los Estados Unidos se encontrarán colocados en otra posición mucho más ventajosa". "Me tomo la libertad de sugerir a usted, repuse, que suspenda todo paso en este asunto hasta que venga la correspondencia de México, porque, en efecto, las noticias que se reciban pueden introducir cambios sustanciales en el negocio". Me dijo que así lo haría.

Repitió Mr. Seward su opinión de que las potencias coligadas no harán mucho por tener intereses opuestos: "Inglaterra, dijo, no ha de querer favorecer las miras de España y Francia; tiene ahora en el interior dificultades suficientes para ocupar toda su atención. En caso de que nosotros tomemos parte en la expedición, añadió, no será de clarando la guerra a México, sino en cumplimiento del deber que tenemos de cuidar de nuestros intereses, que son considerables". Yo le manifesté que mientras menos hostil apareciera hacia México la determinación del gobierno de los Estados Unidos, sería mejor recibida por nosotros y que mi objeto consistía principalmente en que ellos tuvieran voz y voto en los consejos de las potencias coligadas.

Me pareció también que la intención de Mr. Seward es esperar, antes de adoptar su resolución en este asunto, saber cómo es recibida por el gobierno de Londres la noticia de la captura de los Sres. Mason y Slidell, cuyo suceso puede cambiar notablemente el estado de las relaciones entre este país y la Gran Bretaña. Ya para concluir dije a Mr. Seward que, si no había inconveniente, le agradecería yo mucho me informara con oportunidad de la determinación que adopte este gobierno para comunicarla al mío. Me ofreció hacerlo así con buena voluntad.

Al despedirme le presenté la protesta contra la captura de la goleta *Soledad Cos*, a que se refiere mi nota número 345, fecha de ayer, diciéndole que aún no me constaba si el buque se había nacionalizado legalmente en la República y que, por lo mismo, no pedía nada y me limitaba a dar curso a la protesta.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

ROMERO COMENTA EL MENSAJE DEL PRESIDENTE LINCOLN
AL CONGRESO ESTADOUNIDENSE

Washington, diciembre 3 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Ayer abrió el primer período de sus sesiones ordinarias el Congreso XXXVII de los Estados Unidos y hoy le remitió el presidente su mensaje anual, del que acompaño un ejemplar. Es costumbre hablar en dicho documento, en primer lugar, de las relaciones exteriores del país y en los de los años precedentes se había consagrado una buena parte a las de México. Ahora, sin embargo, no ha creído propio el presidente decir una sola palabra respecto de la República, tal vez por lo delicado de la presente crisis y, en general, la parte relativa a las relaciones exteriores está bastante sucinta y superficial y, a diferencia de los mensajes de los últimos años, es acaso la menos importante.

Llaman, sin embargo, la atención dos puntos de la parte de aquel documento, relativa a las relaciones exteriores: el primero, la recomendación que se hace al Congreso para que organice la defensa de las costas del país y la de sus lagos y ríos y el segundo, la repetición del concepto contenido en una nota procedente de Mr. Seward, de que la integridad de este país y la estabilidad de su gobierno dependen no de la buena voluntad de las naciones extranjeras, sino de la lealtad, virtudes, patriotismo e inteligencia de los Estados Unidos. .

Es también digna de notarse la recomendación que hace el presidente para que el Congreso lo autorice a reconocer la independencia de las repúblicas de Liberia y Haití y para mantener un encargado de negocios cerca del gobierno de cada una de ellas.

La parte del mensaje que parece tocar más directamente los intereses de México, es la que se refiere a la manera de disponer de los negros libres y de los esclavos que pertenecen a dueños disidentes y que pasen al dominio del gobierno de los Estados Unidos. Propone que se forme con ellos una colonia en un lugar cuyo clima les sea propicio y que para este efecto se compre el territorio que fuere necesario. Cuando se compara este proyecto con el que me refirió el administrador general de correos y del que informé a ese ministerio en mi nota número 156, de... de junio último, no queda duda de que se piensa en alguna parte del territorio de México para el establecimiento de tal colonia. Lo peor es que en seguida se pone el presidente a defender la constitucionalidad y conveniencia de la política de adquirir territorio y que lo hace fundándose precisamente en las mismas razones que alegaba el partido democrático para justificar su conducta en las adquisiciones precedentes. Esta solemne declaración deja fuera de toda duda las ideas de este gobierno respecto de adquisición de territorio.

El silencio completo que guarda el mensaje respecto de México y de los peligros que lo amenazan, puede considerarse también como una consecuencia del plan que se haya formado este gobierno y que todavía no es conocido por mí respecto de la manera de sacar el mejor partido posible de nuestras desgracias.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

EL DESENLACE DE LA SITUACIÓN SE VERIFICARÁ EN MÉXICO

París, diciembre 3 de 1861

Sr. don Matías Romero
(Washington)

Mí muy estimado amigo y compañero:

Tengo una viva ansiedad por saber la política que ha adoptado nuestro gobierno. Usted la comprenderá, pues sabe tanto como yo la importancia de esa resolución.

Me refiero a lo que de oficio he dicho a usted por mi correspondencia de atrás y por la presente sobre nuestros desbarajustados negocios. Ya nada me resta que hacer por aquí; el desenlace debe ser preparado en México exclusivamente. Sin embargo, me he resuelto a esperar aquí hasta fines de este mes porque aguardo instrucciones precisas sobre mi conducta posterior. No, amigo mío, no podría yo, aunque quisiera, explicar a usted el estado febricitante de mi pobre espíritu.

Lo que más siento es que, por el retardo extraordinario con que, por falta de correspondencia entre México y los Estados Unidos, llegaron al gobierno mis despachos de principios de septiembre, haya sido causa de que se perdiera en negociaciones inútiles el tiempo que pudo emplearse en dar a Francia e Inglaterra satisfacción cumplida y en prepararnos para la eventualidad de la guerra con España, que ya anteveía yo y era muy fácil antever.

Acaso habrá usted ya recibido mi carta del 26 en que tuve el gusto de hablarle sobre un pequeño préstamo.

Suyo con toda verdad.

Juan Antonio de la Fuente

LOS ESPAÑOLES, ITALIANOS Y SUIZOS, PUESTOS BAJO LA
PROTECCIÓN DEL MINISTRO DE PRUSIA

Palacio Nacional, México, diciembre 4 de 1861

A S. E., barón Enrique de Wagner
Ministro residente de S. M., el rey de Prusia

El infrascrito, oficial mayor del ministro de Relaciones, encargado de su despacho, ha tenido la honra de recibir y dar cuenta al primer magistrado de la nota de S. E. el Sr. E. de Wagner, ministro residente de S. M. el rey de Prusia, fecha de hoy, en que se sirve avisar que, al separarse el Excmo. señor ministro Plenipotenciario de S. M. el emperador de los franceses, ha invitado a S. E., el ministro de Prusia ha encargarse de la protección de los súbditos e intereses de su nación, así como los de los españoles, italianos y suizos confiada hasta hoy a la legación de Francia, añadiendo S. E., el Sr. de Wagner, su esperanza de que, a pesar de las circunstancias difíciles del momento, esos súbditos y sus intereses serán patrocinados por el gobierno.

En contestación, el infrascrito debe decir a S. E. que las emergencias actuales no obstan para que el gobierno mexicano, consecuente con sus principios de justicia y sus simpatías hacia las naciones civilizadas de Europa, atenderá siempre con la mayor solicitud a esos súbditos y a esos intereses confiados al honor y hospitalidad de la nación mexicana que distingue y estima a los extranjeros pacíficos y laboriosos, a los cuales el gobierno siempre ha querido dispensar y dispensará las garantías que puede ofrecer un país civilizado.

Bajo este concepto y, obsequiando la indicación de S. E. el barón E. de Wagner, se dirigen ya a las autoridades respectivas las órdenes convenientes para que, lejos de ser molestados los extranjeros en sus

personas e intereses, les impartan toda su protección esperando, a su vez, que éstos corresponderán con su quietud y neutralidad a la decidida resolución que el gobierno tiene de que sean respetados.

El infrascrito aprovecha la oportunidad de ofrecer a S. E. el barón Enrique de Wagner, ministro de S. M. el rey de Prusia, las seguridades de su muy distinguida consideración.

Juan de Dios Arias

LOS OAXAQUEÑOS SABEN MORIR COMO CIUDADANOS LIBRES

El ciudadano Rafael Ballesteros, teniente coronel del batallón Morelos, a sus valientes subordinados:

Compañeros:

Las naves españolas se aproximan a nuestro suelo y pretenden mancillar el honor mexicano, arrebatándonos nuestra independencia y libertad. Agrupémonos a la sombra del hermoso pabellón tricolor, emblema de nuestras glorias nacionales y vosotros, que habéis probado siempre que sabéis sostener con brillos las armas que el pueblo os confió, estáis llamados a ser los primeros en abatir el orgullo de nuestros enemigos y a sostener con vuestro valor el limpio e inmortal nombre que lleváis en vuestro pabellón.

¡Soldados! Acordaos de que nuestros padres conquistaron a costa de su sangre nuestra independencia y que este tesoro debemos conservarlo y pasarlo ileso a nuestros hijos. A las armas, pues y, antes de ser esclavos envilecidos, probemos al mundo que los oaxaqueños saben morir como ciudadanos libres. En el combate estará siempre a vuestro lado, vuestro conciudadano y compañero hasta la muerte.

Oaxaca, diciembre 4 de 1861.

Rafael Ballesteros

CATEGÓRICA RESPUESTA DE SEWARD A LOS GOBIERNOS
FIRMANTES DE LA CONVENCIÓN DE LONDRES

Washington, 4 de diciembre de 1861

Al Sr. don Gabriel García y Tassara, etc., etc.

El infrascrito, secretario de Estado de los Estados Unidos, tiene el honor de acusar recibo de una nota que le dirigieron, el 30 de noviembre pasado, los Sres. Gabriel García y Tassara, ministro Plenipotenciario de S. M. la reina de España; Henri Mercier, ministro Plenipotenciario de S. M. el emperador de los franceses y de lord Lyons, ministro Plenipotenciario de S. M. la reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda.

Con esta nota, los ministros mencionados han enviado el texto de una convención que fue concertada en Londres el 31 de octubre próximo pasado entre los soberanos antes mencionados, con miras a obtener, bajo una acción combinada, la reparación de los agravios de que fueron objeto por parte de la República de México.

En el preámbulo, las altas partes contratantes dicen que la arbitraria y vejante conducta de las autoridades de la República Mexicana los han llevado a tomar esa determinación pues sólo por este medio podrán exigir a dichas autoridades una protección más efectiva hacia las personas y pertenencias de sus ciudadanos, así como la ejecución de las obligaciones contraídas con ellos por la República de México y han acordado concertar una convención con el propósito de unificar su acción.

En el artículo 1º, las altas partes contratantes se obligan, asimismo, a efectuar inmediatamente, después de la firma de la convención, los arreglos necesarios para enviar una combinación de fuerzas terrestres y

marítimas a las costas mexicanas, cuyos efectivos serán determinados en un próximo intercambio de comunicaciones entre sus respectivos gobiernos, pero el total de los mismos deberán bastar para poder apoderarse y ocupar las diferentes fortalezas y posiciones militares que se encuentran en las costas mexicanas; también, que los comandantes de las fuerzas aliadas sean autorizados para efectuar, sobre la marcha, algunas posibles operaciones que sean necesarias para alcanzar, en la forma más conveniente, el fin especificado en el preámbulo y, especialmente, para garantizar la seguridad de los residentes extranjeros y que, todas las medidas que sea necesario efectuar, sean hechas a nombre y por cuenta de las altas partes contratantes, sin distinción de la nacionalidad particular de las fuerzas empleadas en su ejecución.

En el artículo 2º, las altas partes contratantes se obligan a sí mismas a no buscar en la aplicación de las medidas coercitivas previstas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio u otras ventajas especiales y a no ejercer sobre México, en las subsecuentes acciones, influencias de ningún carácter para impedir el derecho de la nación mexicana a escoger y constituir libremente su propio gobierno.

En el artículo 3º, las altas partes contratantes están de acuerdo en formar una comisión integrada por tres comisionados nombrados por cada uno de los poderes contratantes y que estarían investidos de poder pleno para determinar sobre los puntos que se presenten en referencia al uso y distribución de las sumas de dinero que se reciban de México, teniendo en cuenta los derechos respectivos de dichas partes contratantes.

En el artículo 4º, las altas partes contratantes exponen su deseo de que las medidas que intentan adoptar no tendrían un carácter exclusivo y reconocen el hecho de que el gobierno de los Estados Unidos, como ellos mismos, tienen derechos propios para proceder contra la República Mexicana; por lo tanto están de acuerdo en que inmediatamente después de firmada la presente convención, una copia de la misma sea enviada al gobierno de Estados Unidos y se invite a este gobierno a adherirse a ella y que, anticipándose a dicha aceptación, sus respectivos ministros en Washington serán investidos de plenos poderes para concluir y firmar,

colectiva o separadamente, con el ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos que sea designado por el presidente para tal fin.

Pero, como las altas partes contratantes se expondrían si se demorara la efectividad de los artículos 1º y 2º de la convención, a fallar en el fin que se desea obtener, han acordado no posponer el comienzo de las operaciones estipuladas, con vistas a obtener la aceptación de los Estados Unidos, más allá del tiempo que sea necesario para reunir las fuerzas aliadas en los alrededores de Veracruz.

Los plenipotenciarios, en su nota al infrascrito, invitan a Estados Unidos a adherirse a la convención. El infrascrito, habiendo puesto el asunto a consideración del presidente, procede a comunicar sus puntos de vista.

Primero. —El infrascrito ha tenido ya el honor de informar a cada uno de los plenipotenciarios que el presidente no se siente facultado para hacer preguntas y no pone en duda que los soberanos representados tienen el derecho innegable de decidir por sí mismos el reclamo por los agravios recibidos así como el derecho de recurrir a la guerra contra México, conjuntamente o por separado, para satisfacerlos.

Segundo.—Los Estados Unidos tienen profundo interés y felizmente creen que éste es un interés común de las altas partes contratantes con cualquier Estado civilizado, en que ninguno de los soberanos firmantes de la convención busquen o lleguen a apoderarse de territorios u obtengan alguna ventaja especial para sí mismos, para los Estados Unidos o cualquier Estado civilizado, dentro del territorio de México y, especialmente, que ninguna de las partes contratantes, como resultado o consecuencia de las hostilidades que se inicien bajo la convención, ejerciten su influencia en los asuntos futuros e internos de México, referentes a la constitución y carácter de su propio gobierno.

El infrascrito renueva en esta ocasión el reconocimiento ya manifestado a cada una de las altas partes contratantes que han informado plenamente a los Estados Unidos, de que ellos reconocen este interés y que el infrascrito está autorizado a expresar la satisfacción del presidente por los términos en que está expuesto dicho reconocimiento en el tratado.

Efectivamente, como lo suponen las altas partes contratantes, los Estados Unidos tienen reclamaciones propias en contra de México. Sin embargo, el presidente opina que sería inoportuno buscar en estos momentos una satisfacción a los agravios recibidos a través del reconocimiento de la convención. El infrascrito está autorizado a indicar que las razones para esta decisión, son: primeramente que los Estados Unidos, mientras sea factible, prefieren sujetarse a la política tradicional recomendada a ellos por el padre de su patria y confirmada por la feliz experiencia que les prohíbe aliarse a naciones extranjeras; segundo, siendo México un país vecino de los Estados Unidos en este continente y teniendo un sistema gubernamental similar al nuestro en muchos aspectos importantes, Estados Unidos, habitualmente, mantiene sus mejores deseos hacia esa República y un vivo interés por su bienestar, prosperidad y seguridad. Animado por estos sentimientos, Estados Unidos no se siente inclinado a recurrir a la violencia para hacer sus reclamaciones en este preciso momento, cuando el gobierno de México se encuentra profundamente perturbado por revueltas internas, así como por el amago de guerras con naciones extranjeras. Y, por supuesto, estos mismos sentimientos hacen que Estados Unidos se sienta menos inclinado a aliarse en una guerra en contra de México que a sostener una guerra aislada contra él.

El infrascrito está ampliamente autorizado para declarar a los plenipotenciarios, que a su vez informarán a los soberanos de España, Francia y Gran Bretaña, que Estados Unidos está seriamente ansioso por preservar la seguridad y bienestar de la República de México y que ya ha autorizado a sus ministros residentes en dicha República para negociar un tratado con la República Mexicana, por medio del cual se le concederá ayuda material y algunas ventajas que puedan auxiliar a dicha República a satisfacer las reclamaciones y demandas de los mencionados soberanos y poder, así, evitar una guerra que ya ha sido decidida por dichos soberanos en contra de México. No necesitan los soberanos que se les informe qué esta propuesta a México ha sido hecha, no con vistas a hostilizarlos, sino con el conocimiento de los procedimientos que formalmente les han sido comunicados y con la esperanza de que puedan

encontrar, a través de la creciente habilidad de México, que resulte del tratado el medio para hallar con justeza los términos que eviten las hostilidades y que han sido objeto de la formulación de la convención que está a consideración. Lo que hasta la fecha haya sido hecho por el ministro estadounidense en México, de acuerdo con las instrucciones que se le enviaron, no ha sido puesto a conocimiento de este gobierno y se espera esta información con profundo interés.

Si estas negociaciones ofrecen suficientes bases sobre las cuales se pueda justificar una proposición a las altas partes contratantes en favor de México, el infrascrito presentará de inmediato dichas proposiciones a esos poderes. Pero debe entenderse que México, en primer lugar, habrá accedido a dicho tratado y que, en segundo, éste deberá haber sido aceptado por el presidente y el senado de Estados Unidos.

Mientras tanto, las altas partes contratantes serán informadas que el presidente cree su deber enviar una fuerza naval que permanezca en el golfo de México —la cual cuidará los intereses de los ciudadanos estadounidenses residentes en México—, durante el conflicto entre las altas partes contratantes y México y que el ministro estadounidense residente en México será autorizado para estar en relación con las partes beligerantes para salvaguardar los justos derechos de los Estados Unidos si, por cualquier circunstancia, se encontraran en peligro.

El infrascrito, habiendo ya sometido todos los puntos y sentimientos de su gobierno en este asunto de tan grande importancia a las altas partes contratantes, con un espíritu de paz y amistad, no solamente hacia México, sino hacia ellas mismas, cree que no existirá nada que pueda inquietar a ninguna de las partes en cuestión.

El infrascrito tiene el honor de ofrecer a los ministros de España, Francia y Gran Bretaña, las seguridades de su más alta consideración.

William H. Seward

EXPEDICIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS A LAS COSTAS DE MÉXICO

Washington, diciembre 7 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Esta mañana asistí a la recepción ordinaria de Mr. Seward y me encontré con que se había ido para Filadelfia, lo que sentí mucho, porque esperaba yo saber de él varias cosas importantes que deseaba comunicar a usted por este vapor. Fui recibido en el departamento de Estado por Mr. Hunter, el oficial mayor de la secretaría, quien me dijo que Mr. Seward volvería mañana y me informó que el gobierno de los Estados Unidos se había negado abiertamente a tomar parte en la expedición europea contra México. Le pedí copia de la respuesta de Mr. Seward y me contestó diciendo que no se consideraba autorizado para dármela sin conocimiento del secretario. Me informó también que el presidente había dispuesto que se mandara una fuerza naval considerable a las costas de México, con objeto de vigilar los movimientos de los buques europeos y de cuidar de los intereses de los Estados Unidos. Le hice varias preguntas sobre el número de buques que se mandarían, la fuerza que llevarían, si irían tropas de desembarco, cuándo saldrían para su destino y otros pormenores por el estilo y, o no quiso o no supo respondérmelas y sólo me dijo que la fuerza sería naval únicamente, de alguna consideración y que se dispondría desde luego, para lo cual se estaban escribiendo en ese momento las órdenes correspondientes dirigidas al departamento de Marina.

Creyendo que el secretario de Marina tuviera noticias más detalladas sobre este asunto, porque se hubiera acordado la

determinación en junta de ministros y como era natural oyendo previamente su parecer, ocurri a aquel departamento, pero desgraciadamente me encontré a Mr. Welles, tan ignorante del envío de la expedición, como lo estaba yo antes de ver a Mr. Hunter. Me dijo que el gobierno de los Estados Unidos no pensaba mandar ninguna fuerza naval a las costas de México, con excepción del Río Bravo, en cuya embocadura se habían mandado situar algunos buques para impedir el contrabando de guerra que estaban haciendo los barcos ingleses y españoles. Lo informé de lo que acababa yo de saber en el departamento de Estado y me dijo que luego que recibiera las órdenes se pondría de acuerdo con Mr. Seward para arreglar los pormenores de la expedición. Procuraré ver a Mr. Seward el lunes temprano y, si lo consiguiera, podré comunicar a usted por este mismo vapor el resultado de la conferencia que tenga con él. Volveré a escribir a usted por el *Columbia*, que está anunciado para salir de Nueva York el 17, aunque es casi seguro que no llegará a La Habana a tiempo para que la correspondencia alcance el paquete inglés del mes actual. También mandaré correspondencia por los primeros buques de guerra americanos que salgan para Veracruz, a fin de que reciba usted noticias recientes de esta legación y con la frecuencia que el caso demanda.

Aprovecho esta oportunidad para reproducir a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

TÉRMINOS DE LA RESPUESTA DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS A LOS ALIADOS

Washington, diciembre 8 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

No habiendo podido conseguir ayer en el departamento de Estado la copia de la respuesta de este gobierno a la invitación de las potencias europeas, ocurri hoy por la que el Sr. Tassara me había ofrecido.

Me dijo que no le había sido posible mandarla sacar porque, después de haberme visto ayer, supo que a él sólo le habían dirigido la respuesta, por ser el más antiguo de los tres ministros que firmaron la nota de invitación y que había tenido que mandársela original a lord Lyons y a Mr. Mercier, para que sacaran copias y que aún no se la habían devuelto hasta el momento en que lo vi. Me ofreció, sin embargo, que me diría la sustancia de dicha respuesta, cuyo favor acepté y, según lo que me dijo, aparece que tiene cuatro pliegos y que una tercera parte consiste en el preámbulo, en el cual se refieren minuciosamente las estipulaciones del tratado y después de él se dice sobre poco más o menos lo siguiente:

Que el gobierno de los Estados Unidos no disputa ni disputará el derecho de las potencias coligadas a obrar contra México, colectiva o separadamente, para exigirle el cumplimiento de las obligaciones que tenga contraídas para con ellas o para hacerle la guerra.

Que es de grande interés para los Estados Unidos, como el gobierno americano no duda lo es también para las potencias coligadas, el que éstas se hayan comprometido a no hacer adquisición de territorio en México ni a obtener otras ventajas que no sean comunes a todas las naciones.

Que los Estados Unidos tienen también reclamaciones pendientes contra México, pero que el principio que siempre han profesado de no contraer alianzas extranjeras, los hace abstenerse de entrar en la presente.

Que, además, el interés particular con que miran a México y la condición desgraciada en que se halla aquel país, les impiden el emplear medios de fuerza en este momento.

Que, antes bien, consta a las potencias coligadas que se ha autorizado al ministro americano en México, para negociar un tratado por el cual se daría a aquel gobierno alguna ayuda para satisfacer las reclamaciones de las potencias.

Que aún no se sabe el resultado de la negociación; pero que si el tratado llega a celebrarse, supuesta siempre la aprobación del senado, se hará una proposición a las potencias por parte del gobierno de los Estados Unidos.

Que, entretanto, se enviará a las aguas del golfo una fuerza naval suficiente para proteger a los ciudadanos americanos y se darán instrucciones al ministro de los Estados Unidos en México, para que pueda entenderse con las partes beligerantes, a fin de impedir cualquiera perjuicio involuntario que pudieran sufrir los derechos de los Estados Unidos; debiendo entenderse, sin embargo, que esta vigilancia no tiene ningún objeto que pueda causar el menor recelo a las partes beligerantes.

Tal es la relación fiel de lo que el Sr. Tassara me dijo; si hay alguna inexactitud dependerá de dicho señor, pues yo tomé nota de lo que él me refirió y estoy seguro de no haber omitido ni cambiado una sola de sus palabras.

Me hizo varias preguntas sobre la manera con que se recibirían por el gobierno de México las propuestas de las potencias coligadas. Le contesté diciéndole que no tenía la más remota idea de ello.

Sé que el departamento de Estado manda copia de dicha nota a Mr. Corwin. Si quisiera usted ver el texto de ese documento, creo que le será fácil conseguirlo en la legación de los Estados Unidos, pues a mi se me han cerrado aquí todas las puertas.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

JUÁREZ ACONSEJA PRUDENCIA AL GOBERNADOR
DE COLIMA

México, diciembre 9 de 1861

Sr. don Urbano Gómez

Colima

Muy señor mío y amigo:

Con mucho sentimiento me he enterado de los sucesos que usted me comunica en su estimada de 18 del pasado, porque los considero de grave importancia y temo que al fin pueden alterar la paz pública del estado, si usted, sobreponiéndose a las naturales impresiones que le causen la audacia y las siniestras miras de los hombres perversos que no se paran en los medios para satisfacerlas, no usa de mayor tino para evitar los escándalos en que ellos hacen estribar sus esperanzas.

Me pide usted consejo y por esto y por el prestigio de nuestras instituciones, me apresuro a manifestarle que, en mi concepto, debe usted esforzarse, preferentemente, para que vuelvan a Colima y continúen en sus trabajos legislativos los señores diputados ausentes, asegurándoles que tendrán toda la libertad y garantías que puedan desear para el desempeño de sus altas funciones, estando usted en la inteligencia de que de todas las dificultades que puedan sobrevenir al Legislativo, las más terribles y decisivas, las que paralizan más la acción, son las que proceden de la oposición parlamentaria. Cuando llega este grave y desgraciado caso los que amamos el orden, los que anhelamos la consolidación de los principios liberales y deseamos el completo desarrollo de la reforma, los que vemos, en fin, que todo es obra de maquinaciones hábilmente combinadas por los hombres perversos que intentan despojarnos a mansalva de las gloriosas conquistas alcanzadas

con tan costosos y continuados sacrificios, debemos hacer nuevamente los que fuesen necesarios para poder esquivar los cargos y responsabilidades que se nos promuevan, haciéndonos pretexto de trastornos de los que otros son los verdaderos autores y con miras que están al alcance de todos los hombres imparciales.

Respecto de los criminales partidarios a quienes usted se refiere, reúna usted datos que acrediten sus excesos y que puedan justificar las providencias que usted tome con arreglo a la ley y, en cualquiera tiempo, responderá usted con esos expedientes a las acriminaciones de arbitrariedad que le hagan los cómplices de esos hombres criminales.

Es cuanto me ocurre por ahora que manifieste a usted, obsequiando los deseos que me indica en su carta citada y deseando que no vayan muy lejos los desagradables acontecimientos que usted me refiere en circunstancias en que todos los mexicanos, prescindiendo de diferencias de partido, debemos presentarnos estrechamente unidos para rechazar la invasión que amenaza nuestra independencia nacional.

Quedo en espera de las noticias que usted ofrece seguir comunicando, a quien se repite su afectísimo amigo y servidor q. b. s. m.

(Benito Juárez)

LOS ESTADOS UNIDOS MANDARÁN DOS BARCOS DE GUERRA A LA COSTA MEXICANA

Washington, diciembre 12 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
(México)

Hoy al medio día ocurri al departamento de Marina a informarme de cuándo se piensa mandar la fuerza naval de los Estados Unidos que ha de ir a las aguas de la República, de cuántos buques se compondrá y de otras cosas por el estilo.

Estuve con el subsecretario Mr. Fox, quien me dijo que las órdenes del departamento de Estado habían sido trasmitidas al comandante de las fuerzas navales estacionadas en el golfo de México, a cuya discreción se había dejado el arreglo de los pormenores de aquellas instrucciones. Mr. Fox me informó que las fuerzas navales americanas en el golfo, se componen ahora de 42 buques y que pronto se aumentarán hasta 60. Me dijo también que probablemente se estacionaría un buque en Veracruz y que habría otro que se ocuparía en reconocer la costa.

Me preguntó que para cuándo se esperaban en Veracruz a las escuadras combinadas y le dije que una parte de la española debía estar ya en aquel puerto por haber salido de La Habana a fines del mes pasado y que la francesa e inglesa llegarían probablemente a mediados o fines del presente mes.

Todo lo cual tengo la honra de comunicar a su ministerio para conocimiento del presidente y, al hacerlo, aprovecho la oportunidad para renovar a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero

MATÍAS ROMERO CONVERSA
CON UN SENADOR IGNORANTE Y DESPISTADO

Washington, diciembre 22 de 1861

Señor ministro de Relaciones Exteriores
(México)

El senador Mr. Sumner me dijo hoy, en una conferencia que tuve con él, que la comisión de Relaciones del senado se había reunido ayer para considerar el mensaje especial del presidente relativo a los asuntos de México y que, aunque no se había acordado ninguna determinación, prevalecía entre los miembros de ella la opinión de que no era conveniente aprobar el préstamo propuesto por Mr. Corwin al gobierno de México, porque no se creía que tal préstamo surtiera el efecto de desbaratar la expedición europea organizada contra la República y que podría conducir a enajenar de Estados Unidos la voluntad de Francia y España, cuya amistad se trata de cultivar ahora más que antes por el aspecto amenazador que están tomando las relaciones entre este país y la Inglaterra.

Mr. Sumner me dijo, hablando de la comisión del senado: "no vimos que resultaran ningunas ventajas a nuestro país de hacer el préstamo a México".

Aunque estoy ya acostumbrado a que aun los hombres de Estado de este país tienen la más grande ignorancia respecto de los negocios extranjeros y principalmente los que se refieren a México, no dejé de sorprenderme al oír la declaración de Mr. Sumner. Conocí que era necesario empezar por catequizarlo y así lo hice manifestándole detalladamente la condición en que se encuentra México, los deseos y trabajos del partido conservador en favor del establecimiento de una

monarquía con un príncipe europeo a la cabeza, las transacciones hechas entre dicho partido y el gabinete de Madrid, los planes y designios verdaderos de los gobiernos de España y de Francia y de todo lo demás que creí conveniente.

Le dije que la contienda no sería entre México y España solamente, sino entre las instituciones republicanas y las monárquicas, entre América y Europa pues que, indudablemente, la gran fuerza naval que las potencias coligadas han situado o van a situar en el golfo, indica muy claramente que se proponen algo más que atacar a México y tomar sus puertos.

Me pareció que todo esto cogía de sorpresa a Mr. Sumner, pues me hizo varias preguntas que procuré responderle del mejor modo posible. Tomó un apunte del monto total de nuestra deuda exterior con especificación de sus diversas clasificaciones. Le dije que, si los Estados Unidos se persuadían de la delicadeza y trascendencia del caso, no podían ayudarnos de otra manera mejor que facilitándonos recursos pecuniarios que es lo que necesitamos para hacer una resistencia eficaz a nuestros invasores.

Pregunté a Mr. Sumner cuándo pensaba el senado suspender sus sesiones y me respondió que el miércoles 25 del actual. Le supliqué me dijera si creía que despacharía este acuerdo antes de dicha fecha y repuso que seguramente no, pues no se le consideraba de mucha urgencia. Entonces le dije que me parecía conveniente que se dejara para después de año nuevo, porque, entretanto, pueden venir noticias de México que hagan cambiar de opinión a los miembros del comité de Relaciones Exteriores, cuya idea le pareció muy buena. A mi me determinó también a obrar así el deseo de recibir mi correspondencia antes que dicho negocio se determine para saber a qué atenerme y trabajar en el sentido que me indique mi gobierno.

Invité a Mr. Sumner a comer mañana conmigo y me aprovecharé de esa ocasión para volverle a hablar de este asunto.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, libertad y reforma.

Matías Romero